

población y desarrollo

Migración y desarrollo en América del Norte y Centroamérica: una visión sintética



NACIONES UNIDAS



Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía
(CELADE) - División de Población

Santiago de Chile, agosto de 1999

Este documento fue preparado para la presentación de CEPAL/CELADE/OIM (Comisión Económica para América Latina y el Caribe/Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía - División de Población/Organización Internacional para las Migraciones) en el Seminario sobre Migración Internacional y Desarrollo en Norte y Centroamérica, realizado en Ciudad de México los días 21 y 22 de mayo de 1998, en el contexto de las actividades del Grupo Regional de Consulta sobre Migración, que está constituido por los gobiernos de los países de las regiones mencionadas.

El presente documento no ha sido sometido a revisión editorial.

Publicación de las Naciones Unidas

LC/L.1231-P

ISBN: 92-1-321512-6

Copyright © Naciones Unidas, agosto de 1999. Todos los derechos reservados

Nº de venta: S.99.II.G.22

Impreso en Naciones Unidas, Santiago de Chile

La autorización para reproducir total o parcialmente esta obra debe solicitarse al Secretario de la Junta de Publicaciones, Sede de las Naciones Unidas, Nueva York, N.Y. 10017, Estados Unidos. Los Estados miembros y sus instituciones gubernamentales pueden reproducir esta obra sin autorización previa. Sólo se les solicita que mencionen la fuente e informen a las Naciones Unidas de tal reproducción.

Índice

Resumen	5
Introducción	7
I. Procesos de desarrollo y migración internacional	9
I.1 Las dimensiones del desarrollo y la migración internacional	9
I.2 Escenarios de desarrollo y migración en México y Centroamérica	10
I.3 El actual escenario de desarrollo y la migración	12
II. La migración interregional en las últimas tres décadas	15
II.1 Información sobre patrones migratorios.....	15
II.2 Crecimiento y reorientación de los <i>stocks</i> migratorios en los países de la región	16
II.3 Perfiles sociodemográficos de los inmigrantes intrarregionales en los Estados Unidos.....	19
III. Factores del proceso de desarrollo que inciden en la migración	23
III.1 Dinámica demográfica: oferta de trabajo	23
III.2 Factores económicos: demanda laboral	25
III.3 Factores de orden político	27
III.4 Factores de orden social	28
III.5 Condiciones ambientales	30

IV. La migración y el desarrollo de las zonas de destino y de origen	31
IV.1 Consecuencias de la inmigración en las zonas de destino.....	31
IV.2 Consecuencias de la emigración en las zonas de origen	33
Bibliografía	37
Anexo de cuadros y gráficos	41
Números publicados	51

Resumen

Una exploración de las relaciones entre desarrollo y migración internacional en la región conformada por los países de América del Norte y Centroamérica, que persigue promover una reflexión que contribuya al examen de opciones de política para el futuro próximo. Teniendo presente la variabilidad histórica de las relaciones entre ambos procesos —expresada en la heterogeneidad de condiciones económicas, sociales, políticas y culturales existentes en los diferentes países— se examinan las influencias recíprocas entre los procesos de desarrollo y la migración internacional, poniendo atención a la evolución demográfica, la dinámica de la economía, la situación sociopolítica, las condiciones ambientales, las reformas de orden institucional y las relaciones entre las sociedades de la región.

Se destacan los principales rasgos del desarrollo de los países centroamericanos y México, una *subregión* que en los últimos 35 años experimentó profundos cambios, que se vieron acompañados por fluctuaciones en las tendencias de la migración internacional. También se describen los principales aspectos del actual escenario de desarrollo en la región en su conjunto, proclive a la transición hacia un nuevo período de crecimiento económico que podría seguir dando lugar a la migración. Posteriormente se examinan los principales rasgos de la migración en las últimas tres décadas, describiendo los patrones migratorios, las tendencias de la migración y los perfiles socio-demográficos de los inmigrantes intrarregionales en los Estados Unidos, principal país de recepción y se procede a un análisis detallado de los distintos factores del desarrollo que inciden en la migración: la dinámica demográfica, la oferta de trabajo, demanda

laboral, factores de orden político, social y condiciones ambientales. Por último, se procede a analizar algunas consecuencias de la migración sobre el desarrollo de las zonas de origen y destino de los migrantes.

En procura de un punto de vista realista, se propone que los gobiernos de la región se preparen para un período de ordenamiento y adecuación de los flujos migratorios futuros a las necesidades del desarrollo nacional y regional. Esta tarea puede beneficiarse de la creciente voluntad política en favor del establecimiento de acuerdos bilaterales y multilaterales, de la común aspiración en pro de una mayor equidad social y de la consolidación de los regionalismos abiertos. El actual escenario de mayor estabilidad sociopolítica y económica permite que la migración sea considerada como un tema de prioritaria importancia y que puede ser objeto de políticas coordinadas. A la luz de los cambios producidos en las diversas dimensiones del desarrollo en los países de la región, los intentos por restar movilidad a la población parecen no tener asidero y, por el contrario, pueden tener costos económicos, sociales y políticos muy elevados.

Introducción

Las relaciones entre la migración internacional y el desarrollo son múltiples e involucran nexos mutuos de causalidad. La movilidad de las personas a través de las fronteras internacionales tiene su origen en factores —económicos, sociales, políticos, culturales y ambientales— que forman parte del proceso de desarrollo y, al mismo tiempo, afecta la dinámica del desarrollo de las zonas de origen y de destino, incidiendo sobre las condiciones de vida de los individuos y familias directamente involucrados en los movimientos.

Desde luego, los vínculos interactivos de la migración y el desarrollo asumen especificidades históricas y varían entre los países. En el mundo contemporáneo, caracterizado por una creciente interdependencia internacional, esos vínculos han adquirido gran complejidad. Las transformaciones en las esferas de la producción y del intercambio y los avances tecnológicos de las comunicaciones han posibilitado un mayor acceso a la información y a los estilos de vida, consumo y pautas culturales imperantes en las naciones de mayor desarrollo relativo, haciendo más visibles las grandes desigualdades internacionales en cuanto al grado de desarrollo y a la satisfacción de las necesidades de la población. Tanto las evidencias de estas desigualdades cuanto las percepciones sobre ellas son agentes estimulantes de la migración. A su vez, las convulsiones sociopolíticas —no ausentes del cambiante escenario internacional— han influido decisivamente en el aumento y la heterogeneidad de los movimientos migratorios. Aumentó el número de participantes de la migración y, al mismo tiempo, la movilidad se hizo más variada en su modalidad y duración.

En este panorama diversificado de intercambios demográficos, son numerosos los países que se han transformado rápidamente de receptores en expulsores de población, unos pocos han fortalecido su atracción migratoria y en otros se advierte una situación de tránsito o de "transmigración". La región de América del Norte y Centroamérica constituye un caso concreto de intersección entre distintas modalidades de desarrollo y migración y se hace patente la variabilidad histórica de las relaciones entre ambos procesos, cuyas especificidades son realizadas por la heterogeneidad de condiciones económicas, sociales, políticas y culturales existentes en los diferentes países. Este documento procura explorar algunas de esas relaciones con el fin de promover una reflexión que contribuya al examen de opciones de política para el futuro próximo.

I. Procesos de desarrollo y migración internacional

I.1 Las dimensiones del desarrollo y la migración internacional

Las distintas dimensiones del proceso de desarrollo influyen sobre la migración y afectan sus tendencias (modificación o consolidación de las pautas de intercambio de población), sus formas (composición, modalidades y duración) y sus intensidades (absoluta y relativa). Sin embargo, y como se adelantó, esta influencia es recíproca, pues las tendencias, modalidades e intensidades de la migración ejercen sus efectos sobre las diversas dimensiones del desarrollo. Dentro de este campo de interacciones cabe destacar algunas articulaciones que vertebran la evolución demográfica, la dinámica de la economía, la situación sociopolítica, las condiciones ambientales, las reformas de orden institucional y las relaciones entre las sociedades.

a) Las principales manifestaciones de la evolución demográfica —representada por el ritmo de cambio en el tamaño, la distribución territorial y la composición de la población— son las fluctuaciones en la oferta de fuerza de trabajo y en la demanda de servicios y de consumo corriente. La capacidad de respuesta de la economía, por medio de la generación de empleos adecuados en cantidad y calidad y de la apropiada atención de las necesidades de la población, da lugar a que las personas evalúen su condición actual y busquen oportunidades para el

desarrollo de sus vidas. Por otra parte, las dificultades que los individuos encuentran en esta búsqueda abren la posibilidad de explorar opciones fuera de sus sociedades de origen.

b) Las formas de organización política y la participación ciudadana en los procesos de decisión se vinculan estrechamente con el grado de equidad existente dentro de cada sociedad. Si las desigualdades socioeconómicas son agudas, el ejercicio de los derechos ciudadanos se convierte en una aspiración virtualmente inalcanzable para vastos sectores, algunos de los cuales pueden intentar conseguirla en otros contextos sociales. La exacerbación de las tensiones originadas por la exclusión sociopolítica suele desembocar en formas de inestabilidad y violencia que habitualmente redundan en desplazamientos forzados de población.

c) El establecimiento de modalidades de producción y consumo que van en detrimento de los ecosistemas —explotación especulativa de los recursos naturales que conduce a su agotamiento y generación de volúmenes de desperdicios que exceden la capacidad de absorción de los sumideros—, aunado a la persistencia de algunas prácticas productivas tradicionales, ha originado situaciones de deterioro severo del patrimonio ambiental. Este daño, presente tanto en áreas de alta densidad demográfica como en otras de reciente ocupación, conspira en contra de la sustentabilidad económica y social y, por lo mismo, suele inducir la migración. Como la escala y el ritmo de las alteraciones ambientales tienden a incrementarse, sus efectos sobre la migración parecen haberse acentuado.

d) Durante el último decenio, muchos países pusieron en práctica reformas institucionales que modifican el papel tradicional del Estado como generador de empleos, proveedor de servicios y regulador de los mercados. Los criterios de eficiencia, recuperación de costos y privatización han implicado cambios que inciden sobre las condiciones de vida, trabajo y reproducción de la población. En particular, la flexibilización laboral —fenómeno que ha ido aparejado con la internacionalización de las actividades productivas más dinámicas— parece haber favorecido la adopción de decisiones migratorias.

e) En el curso de los últimos decenios se ha profundizado y generalizado la globalización. A escala macrosocial, la mayor interdependencia de los mercados —de capitales, bienes y servicios— involucra una relativa reducción de los espacios de autonomía nacional y una internacionalización de muchos procesos de decisión. En el plano microsocia —y ante una cultura también globalizada— se verifica un fortalecimiento de las redes sociales que se tejen entre los hogares y las comunidades, con la consiguiente reducción de los efectos de fricción de las distancias geográficas y culturales. Todas estas condiciones han contribuido a debilitar muchos de los obstáculos que anteriormente se interponían a la migración.

I.2 Escenarios de desarrollo y migración en México y Centroamérica

A pesar de sus rasgos heterogéneos, los países centroamericanos y México configuran una *subregión* distintiva en el conjunto de América del Norte y Centroamérica. En los últimos treinta y cinco años esta subregión experimentó profundos cambios en sus modalidades de desarrollo, que han sido acompañados por fluctuaciones en las tendencias de la migración internacional. De manera un tanto esquemática, estos cambios pueden agruparse en las tres instancias que se describen a continuación.

a) Durante una primera instancia, que abarca los años sesenta y el comienzo de los setenta, el modelo de desarrollo predominante en la subregión confería especial importancia a la sustitución de importaciones. Esta estrategia alcanzó su mayor desarrollo en México, cuyo proceso de industrialización alcanzó etapas avanzadas y contribuyó al fortalecimiento de la urbanización y a una marcada concentración de la población. Las economías centroamericanas —con diferencias que van

de una modalidad de administración social (el caso de Costa Rica) a un estilo de enclave en otros países— se centraban principalmente en las actividades agroexportadoras; sin embargo, proporciones crecientes de la población no absorbida por estas actividades se desplazaron a las ciudades y se insertaron, a menudo precariamente, en el sector terciario.

En el transcurso de este período, en que la dinámica de la economía parecía generar un número de puestos de trabajo cercano al tamaño de la oferta de trabajo, la migración internacional de la subregión presentó una intensidad relativamente baja. En el caso de Centroamérica, la mayoría de los movimientos internacionales tenía lugar entre países fronterizos, fenómeno enraizado en la historia y vinculado con los impulsos de las actividades agroexportadoras y la ocupación de nuevos espacios. En el caso de México, la migración, como ha sucedido desde comienzos del siglo XX, se orientó fundamentalmente a los Estados Unidos; los nexos históricos con el suroeste de los Estados Unidos y el empleo de diversos mecanismos de contratación de mano de obra incentivaron un continuo flujo de trabajadores migrantes mexicanos, dando "pie a la existencia de un mercado laboral de facto entre ambos países" (Bustamante, 1997, p.129). Este mercado ha estado sometido a los vaivenes propios de períodos de bonanza y contracción económicas, que dieron pábulo a cambios en las pautas de generación de empleos entre los diversos sectores de actividad (Cornelius, 1989; Fernández, 1983; Vernez y Ronfeldt, 1991).

b) Hacia mediados del decenio de 1970 comienza una segunda instancia, en la que se acentúan y generalizan diversos problemas vinculados con las modalidades vigentes de desarrollo. Tanto las economías exportadoras del tipo enclave como la industrialización sustitutiva alcanzaron toques estructurales para su expansión y la incapacidad para generar puestos de trabajo en cantidad y calidad suficientes se hizo cada vez más evidente. Asimismo, en varios países se advertía una crisis de exclusión política, agudizada por profundas inequidades sociales que —amén de poner en entredicho el respeto por los derechos humanos— restringía las posibilidades de fortalecimiento de los recursos humanos. Las rigideces de la economía, reproducidas en el plano del empleo (con múltiples formas de subutilización de la fuerza de trabajo), unidas a una creciente inestabilidad política, dieron lugar a una escalada de violencia social.

Durante esta segunda instancia, que corresponde al término del decenio de 1970 y a los años ochenta, todos los países de la subregión atravesaron por una profunda crisis económica. En un contexto de agudas insuficiencias en sus niveles de desarrollo, la mayoría de estos países registró resultados negativos en el crecimiento de su producto interno bruto, aumento del desempleo, disminución de los ingresos derivados del trabajo y agravamiento de los índices de pobreza. De manera simultánea, la inestabilidad sociopolítica condujo a conflictos armados que tuvieron sus expresiones más intensas en El Salvador, Nicaragua y Guatemala, pero que repercutieron en toda la subregión.

La emigración, impulsada por tan desfavorables condiciones, encontró en la violencia social un factor precipitante. Se desencadenaron grandes movimientos migratorios que, además de comprender un número importante de desplazados dentro de Centroamérica y hacia México, orientaron también su destino final a los Estados Unidos y Canadá. Estos movimientos fueron diferentes a los anteriores, pues su composición se hizo muy variada y abarcó refugiados, desplazados, indocumentados, familias, profesionales; por lo mismo, se tornaron extremadamente difíciles de manejar. Este incremento inédito del número de migrantes desembocó en un gradual desplazamiento de la migración internacional desde el eje "sur-sur" al "sur-norte". De este modo, la mayor visibilidad de los movimientos los convirtió en un asunto de preocupación creciente, particularmente en las sociedades de destino.

c) La tercera instancia, iniciada en los primeros años del decenio de 1990, parece ser promisoria, al menos si se le compara con las anteriores, ya que se asiste a una renovación gradual del crecimiento económico y a una recuperación de la convivencia pacífica. Sin embargo, no se puede

desconocer que durante este período persisten muchos problemas socioeconómicos que han afectado a la subregión desde largo tiempo, entre ellos: la herencia de una estructura productiva de escasa diversificación y extremadamente dependiente de la demanda internacional, un modelo de distribución del ingreso fuertemente desigual, altos niveles de desempleo y subempleo, ostensible falta de equidad social, elevada incidencia de la pobreza y degradación ambiental severa de algunos territorios. Este conjunto de problemas representa pesados legados de las décadas anteriores e impone complejos desafíos que deberán ser enfrentados en el futuro. Si estos problemas persisten es dable suponer que permanecerán las condiciones proclives a la emigración.

La peculiaridad de esta instancia son los procesos de reforma institucional que redefinen el papel del Estado y de los mercados. Esta peculiaridad es realizada por la presencia de un ambiente marcado por nuevas modalidades de relacionamiento externo de los países, que generan las bases para una integración económica regional y global. La restauración de la convivencia civil, la recuperación gradual del crecimiento económico, la aplicación de las reformas institucionales y los cambios en el entorno internacional son oportunidades que se abren a los países de la subregión, pero no debe excluirse la necesidad de enfrentar los grandes retos inherentes a una profunda transformación productiva que asegure mayores grados de equidad social y confiera una más sólida sustentabilidad sociopolítica y ambiental al proceso de desarrollo.

Durante este período se produjo el retorno de algunos expatriados y la regularización de muchos refugiados en las sociedades de acogida. Estos cambios no estuvieron exentos de dificultades, y así lo ilustran la relocalización de poblaciones en zonas abiertamente degradadas o vueltas a ocupar por otros grupos y la persistencia de un gran número de migrantes en condición de indocumentados. Por cierto, una elevada proporción de las personas que emigraron durante los años setenta y ochenta no regresaron a sus naciones de origen. Además, y dado que las condiciones de expulsión se mantienen, la emigración continúa siendo importante en varios países.

I.3 El actual escenario de desarrollo y la migración

Los rasgos del actual escenario de desarrollo —incluidos los procesos de reforma institucional y globalización— inducen a investigar sus repercusiones sobre las tendencias migratorias en los países de la subregión. Como las directrices básicas del ajuste económico estructural ya están vigentes en la mayoría de estos países, la situación actual podría ser caracterizada como una transición hacia un nuevo período de crecimiento económico. Si este supuesto fuese válido, habría espacio para señalar que el proceso de desarrollo sigue dando lugar a migración.

Aunque es prematuro emitir juicios sobre un escenario que recién se está diseñando, ante la inexistencia de evidencias sólidas y actualizadas sobre la migración en la subregión, es altamente probable que la apertura de mercados y las nuevas modalidades de inserción económica internacional —incluyendo los esquemas de integración y regionalismo abierto— provoquen la continuidad de la migración, pues estos cambios tienden a modificar y a reubicar rápidamente a las economías y los mercados de trabajo en los territorios nacionales e internacionales, minando formas previas de subsistencia. Tales repercusiones se suman a las expectativas que, dentro de un marco cultural proclive al individualismo, se han ido forjando las personas; estas expectativas —que se hacen visibles en la esfera del consumo— no siempre encuentran satisfacción en las sociedades de origen y se convierten en estímulos para emigrar. Los procesos de apertura e integración, aunados a los poderosos efectos de nuevas tecnologías, conllevan una mayor facilidad de comunicaciones y transporte; combinados con la inestabilidad de las formas de empleo y con las redes sociales "transnacionales" creadas o fortalecidas durante los años ochenta, estos avances hacen que segmentos cada vez más amplios de la población respondan rápidamente a informaciones y oportunidades distantes.

Diversos análisis recientes —todavía no cristalizados en una teoría homogénea— destacan la funcionalidad de la migración internacional en el contexto de la globalización económica y de la nueva división internacional del trabajo (Castells, 1989; Lim, 1993; Portes y Walton, 1981; Sassen, 1988). Se argumenta que en los países desarrollados se produce una consolidación de segmentos del mercado laboral que incorporan inmigrantes y que estos nichos tienden a potenciarse por la acción de las redes de migrantes y, en muchos casos, de los reclutadores. En estos estudios se enfatiza la creciente hegemonía de las corporaciones multinacionales y la paradoja de que las inversiones en agricultura y en plantas industriales orientadas al mercado externo en muchos países en desarrollo contribuyen, más que a disminuir, a incrementar las propensiones migratorias. Así, las modalidades de desarrollo económico en el marco de la interdependencia global serían disruptivas de las economías locales tradicionales y repercuten en una agudización de las desigualdades y del desempleo. Dentro de un ámbito de globalización que potencia los vínculos económicos (mejorando los sistemas de comunicaciones y transportes) y promueve la intensificación de relacionamientos políticos, sociales y culturales, la migración internacional encuentra poderosos estímulos y adquiere viabilidad mediante las redes sociales.

Por otra parte, durante los años ochenta los Estados Unidos y Canadá también atravesaron por crisis y reformas estructurales. No obstante, ambos países guardan profundas diferencias con sus vecinos del sur en cuanto a sus grados de desarrollo y bienestar. Entre los hechos acaecidos en América del Norte a contar del decenio de 1980 que tuvieron mayor repercusión sobre la migración internacional son destacables los cambios en el ámbito del empleo. Se modificaron los perfiles de demanda laboral y se generalizó la flexibilidad de las formas de contratación de la fuerza de trabajo —lo que parece estar asociado a condiciones precarias de empleo—; asimismo, la importancia relativa de los sectores económicos experimentó mutaciones en favor de los servicios (Levy y Murnane, 1992; Sassen, 1997). En los Estados Unidos, además del dinamismo de la demanda laboral en años recientes, los cambios en el mercado de trabajo fortalecieron su tradicional atracción migratoria, dando lugar a una tensión entre la demanda de mano de obra y las normas restrictivas a la migración; sin embargo, las tendencias a migrar parecen indicar que, en la práctica, tales normas se han visto sobrepasadas. La percepción de tales tendencias se convierte en campo propicio para que aparezcan actitudes xenófobas que atribuyen a los inmigrantes consecuencias económicas negativas cuyo origen se encuentra en procesos esencialmente endógenos. Desde un prisma diferente, las autoridades canadienses buscaron coordinar la política migratoria con los cambios en el mercado de trabajo, lo que proporciona un marco conceptual y operativo amplio para el ordenamiento de los procesos migratorios.

En procura de un punto de vista realista, parece razonable proponer que, en el contexto de las relaciones entre migración y desarrollo, los gobiernos de la región no se preparen para un período de atenuación de la migración sino que busquen ordenar y adecuar los flujos futuros a las necesidades del desarrollo nacional y regional. Esta tarea puede beneficiarse con la creciente voluntad política en favor del establecimiento de acuerdos bilaterales y multilaterales, con la común aspiración en pro de una mayor equidad social y con la consolidación de los regionalismos abiertos. Si la migración pareció estar fuera de control en los años ochenta, cabe atribuir tal hecho —además de su propia envergadura y composición— a la escasa atención prestada por muchos gobiernos, en virtud de sus urgencias sociales y políticas. La situación actual es objetivamente distinta: el escenario de mayor estabilidad sociopolítica y económica permite que la migración sea considerada como un tema de prioritaria importancia y que puede ser objeto de políticas coordinadas. A la luz de los cambios que se verifican en las diversas dimensiones del desarrollo en los países de la región, los intentos por inmovilizar a las poblaciones parecen no tener asidero y, en cambio, pueden tener costos económicos, sociales y políticos muy elevados.

II. La migración interregional en las últimas tres décadas

II.1 Información sobre patrones migratorios

Todo examen de las relaciones entre el desarrollo y la migración internacional exige conocer sus tendencias. Esto implica detectar las intensidades (en números absolutos y frecuencias relativas), las direcciones, las características (demográficas y socioeconómicas) y todas las otras manifestaciones de los movimientos de la población. Esta tarea es muy compleja en el caso de América del Norte y Centroamérica a raíz de la alta heterogeneidad de la movilidad de la población. Las fuentes de información disponibles —y cuyos datos han sido recabados conforme a criterios comunes— sólo permiten obtener una visión parcial de tan variado fenómeno. La carencia de antecedentes apropiados, relevantes y oportunos restringe el rigor de los exámenes sobre los comportamientos y tendencias migratorias, impone dificultades a la predicción de sus cambios, entraba la evaluación de las consecuencias de la migración internacional y conspira en contra del diseño de políticas realistas en este campo.

Aunque la mayoría de los países de la región cuenta con registros de las entradas y salidas que se producen por sus puertos internacionales, son conocidas las serias deficiencias que los afectan.¹

¹ Es común que estos registros reúnan cifras voluminosas, lo que complica la identificación de quienes efectivamente son migrantes; el grado de cabalidad de la información suele ser desigual entre los lugares de control y corrientemente hay discrepancias de cobertura entre entradas y salidas; los antecedentes que se registran son escasos, de reducido potencial analítico y no siempre se procesan y publican oportunamente.

Otras estadísticas de tipo continuo (registros de pasaportes, extranjeros residentes, visados y permisos de trabajo, etc.) adolecen de problemas aun mayores. Estas limitaciones han llevado a valorizar el potencial de los censos nacionales de población como fuente para el estudio de la migración internacional. Como los datos pertinentes se refieren a los *stocks* de migrantes externos presentes en cada país — número de migrantes sobrevivientes acumulados hasta la fecha de un censo— es imposible rescatar la condición de proceso que tiene la migración.² No obstante, estos datos permiten trazar las grandes líneas del panorama migratorio internacional de la región de América del Norte y Centroamérica entre 1970 y comienzos del decenio de 1990.³

La información disponible —si bien incompleta a causa de la irregularidad de las operaciones censales, especialmente durante los períodos de crisis económica y violencia—, permite reconocer tres grandes patrones de migración internacional dentro de la región. Uno de ellos sigue la orientación "sur-sur", pues tiene lugar entre los países de la subregión integrada por México y las naciones centroamericanas. Un segundo patrón se ajusta al rumbo "sur-norte" y abarca los movimientos entre aquella subregión y los países de América del Norte. Por último, el tercer patrón está formado por traslados del tipo "norte-norte" y comprende únicamente a los Estados Unidos y Canadá. Como ya se ha sugerido, la incidencia de estos patrones ha variado con el transcurso del tiempo, al compás de los cambios en las modalidades del desarrollo. El examen de esta información se complementa con la descripción de algunas características sociodemográficas de aquellos migrantes cuyo destino es los Estados Unidos.

II.2 Crecimiento y reorientación de los *stocks* migratorios en los países de la región

Desde la década de 1970 se viene registrando un vigoroso crecimiento del número de migrantes y una reorientación de sus movimientos dentro de la región. Los *stocks* de migrantes enumerados en los censos nacionales (cuadros 1, 2 y 3 del anexo) —y a pesar de algunos vacíos producidos por la ausencia de datos— ponen de relieve ese incremento. El total de migrantes intrarregionales (nativos de las naciones de la región censados en otros países de América del Norte y Central) se elevó de casi dos millones y medio alrededor de 1970 a cuatro millones en el entorno de 1980 y a cerca de siete millones en 1990. El examen de las cifras indica que las personas oriundas de México y los países centroamericanos son una fracción cada vez mayor de los migrantes intrarregionales: con poco más de un millón de personas, equivalían al 40% del *stock* migratorio regional en 1970; en 1990 esa participación (más de cinco y medio de millones de personas) se elevó por sobre el 80%. Esta creciente hegemonía es resaltada por la tendencia declinante exhibida por el intercambio migratorio entre los Estados Unidos y Canadá.

Aunque la principal contribución al aumento absoluto señalado corresponde a la población originada en México —cuyos *stocks* de emigrantes (772 mil en 1970, 2.2 millones en 1980 y 4.3 millones en 1990) se triplicaron en el decenio de 1970 y duplicaron en el de 1980—, es manifiesto el incremento acelerado de la emigración de centroamericanos, especialmente de El Salvador,

² Cabe añadir que, con frecuencia, la omisión censal de los extranjeros se ve abultada porque algunos de los migrantes en situación irregular (indocumentados) eluden el empadronamiento o se declaran nativos. Además, la identificación de los *stocks* de emigrantes de un país es afectada por las distintas fechas de la operación censal en los demás países.

³ La información utilizada en esta sección —que corresponde a las personas empadronadas en los censos de países distintos al de su nacimiento— proviene de los datos censales reunidos por el Proyecto de Investigación de la Migración Internacional de América Latina (IMILA), a cargo del Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE). Para una descripción de este proyecto, véanse Pellegrino (1989, 1993) y Villa (1996).

Guatemala y Nicaragua. Como se desprende de la comparación entre los datos disponibles (cuadros 1 y 2 del anexo), en el decenio de 1970 se produjo una salida acentuada de población en la subregión de Centroamérica y México, fenómeno que continuó vigente durante el decenio de 1980 (cuadro 3 del anexo). Si bien en los años setenta México mantuvo algunos rasgos de prosperidad económica —al amparo de un fuerte endeudamiento externo avalado por las reservas de petróleo descubiertas (Portes, 1997)—, Centroamérica registró una creciente agudización de la inestabilidad sociopolítica y se presentaron los signos de la gran crisis económica que se descargaría con toda su fuerza en el decenio de 1980. En ambas situaciones, las cifras sugieren que ya en los años setenta estaban en marcha los factores expulsivos que llevarían a la gran acumulación de emigrantes de mexicanos y centroamericanos contabilizados en 1990.

Junto con su incremento, la emigración centroamericana de los años setenta y ochenta cambió de destino. Así, en la ronda de los censos de 1970, algo más de la mitad (140 mil) del total de las personas nacidas en Centroamérica y presentes en el resto de la región (268 mil) fue enumerada en los censos de los demás países centroamericanos. Diez años después, en 1980, esa proporción se redujo a poco más de un quinto, y casi las tres cuartas partes (331 mil) del total de los emigrantes centroamericanos estaban en los Estados Unidos. Es decir, en el período comprendido entre 1970 y 1980 se habría trasladado el centro de gravedad geográfica de la migración procedente de Centroamérica. Sin embargo, esta imagen de reorientación del destino no debe exagerarse, pues los movimientos de población entre los propios países de Centroamérica también sufrieron un fuerte incremento. En Costa Rica, por ejemplo, los inmigrantes de otras naciones centroamericanas duplicaron su número entre los censos de 1973 y 1984 (31 mil y 62 mil personas, respectivamente). Además, cabe agregar que los datos de *stocks* de migrantes registrados en los censos nacionales de población no consideran el efecto de los importantes traslados de refugiados y desplazados que tuvieron lugar principalmente dentro de la subregión de Centroamérica y México. Algunas estimaciones conjeturales —referidas a mediados de los años ochenta— hacen subir el total de desplazados (internacionales e intranacionales) a casi dos millones de personas (CEPAL, 1993); un decenio más tarde, esas cifras se habrían reducido considerablemente por efecto de los programas de retorno y en virtud del cambio de condición de los refugiados (ACNUR, 1997). No obstante, hay elementos de juicio para sostener que la migración centroamericana de tipo más "permanente" se dirigió fuera de la subregión, sumándose de tal forma al comportamiento histórico de la migración —permanente, temporaria y cíclica— originada en México. Una muestra es que más del 80% (un millón de personas) del *stock* total de emigrantes centroamericanos acumulados hasta finales de los años ochenta fue enumerado en el censo estadounidense de 1990. La emigración centroamericana a Canadá —que hasta ese entonces se había mantenido dentro de márgenes relativamente reducidos (menos de 5 mil personas en 1981)— se decuplicó en esa década y llegó a 48 mil personas en 1991.

Al examinar las cifras de los migrantes intrarregionales según su país de destino, la participación de los Estados Unidos se hace particularmente ostensible. Según el censo de 1970, ese país registró cerca de un millón ochocientos mil inmigrantes originados en el resto de América del Norte y Central, la mitad de ellos nativos de Canadá. Es decir, las tres cuartas partes de los migrantes intrarregionales acumulados hasta 1970 tuvieron como destino a los Estados Unidos. A pesar de que el número de canadienses presentes en los Estados Unidos disminuyó ligeramente en la década de 1970, el *stock* de inmigrantes de la región enumerados en el censo de 1980 se duplicó, hasta alcanzar a tres millones cuatrocientas mil personas. Tal aumento se explica por una triplicación del número de migrantes provenientes de México y Centroamérica. En 1990, la cifra de inmigrantes intrarregionales registrada por el censo de los Estados Unidos se elevó a más de seis millones de personas y un 88% de ese total correspondía a nativos de México y Centroamérica. Si bien la mayor parte del aumento del *stock* de inmigrantes intrarregionales presentes en los Estados Unidos corresponde a población originada en México —la que históricamente ha tenido por destino

preferente ese país—, es particularmente notable el incremento de centroamericanos, que virtualmente se decuplican entre 1970 y 1990.

Es necesario agregar que el incremento de inmigrantes a los Estados Unidos provenientes de la subregión de México y Centroamérica no tuvo un ritmo constante entre 1970 y 1990. Tal aumento alcanzó su mayor intensidad en los años setenta, cuando la tasa de crecimiento medio anual pertinente alcanzó cerca del 10%; esa tasa se redujo a poco más de 7% en el decenio de 1980 (cuadro 4 del anexo), y tal disminución también se registra en la mayoría de las corrientes específicas originadas en los países de la subregión, aunque algunas —en particular, las procedentes de Nicaragua y Honduras— se acrecentaron en los años ochenta. Con todo, cabe destacar que los más altos índices de crecimiento relativo entre 1980 y 1990 correspondieron a los inmigrantes originados en países no limítrofes con los Estados Unidos, como El Salvador, Guatemala y Nicaragua. Los datos de la encuesta periódica de población de los Estados Unidos correspondiente a 1996 sugieren que la tasa de aumento del *stock* de inmigrantes regional tendió a mantenerse dentro de los límites detectados con relación a la década de 1980. Las cifras expandidas de esa encuesta indican que el número de inmigrantes regionales alcanzó a nueve millones, y el 90% de ellos eran nativos de México y Centroamérica.

La importancia de los Estados Unidos —y de Canadá— como destino de la migración intrarregional no debe oscurecer el hecho de que otras naciones también han sido receptoras de corrientes numerosas. Ese es el caso de Costa Rica, que ha ejercido una atracción histórica sobre la población de sus países vecinos, en especial Nicaragua; el número de inmigrantes centroamericanos —principalmente nicaragüenses y salvadoreños— enumerados en el censo costarricense de 1984 más que duplicó el *stock* existente en 1973 (cuadros 1 y 2 del anexo). Casi totalmente exenta de las convulsiones sociopolíticas y económicas que afectaban a las demás naciones de Centroamérica, Costa Rica desempeñó un papel fundamental en la acogida de refugiados y desplazados —muchos de ellos indocumentados— durante el decenio de 1980. Según cifras oficiales, alrededor de 1997 en Costa Rica había un total de cien mil extranjeros, tres cuartas partes de ellos nicaragüenses (MEIC, 1998); esta cifra incluye el efecto del saldo neto entre los desplazados repatriados y los refugiados incorporados.

Si bien su tradicional saldo migratorio negativo con los Estados Unidos ha disminuido, Canadá es otro de los países destinatarios de la migración intrarregional. Aunque las cifras absolutas de inmigrantes originados en México y Centroamérica son sustancialmente menores a las de los Estados Unidos, el ritmo de incremento de las corrientes —en especial la originada en El Salvador— ha sido incluso superior, pues registra una aceleración en el decenio de 1980; sin embargo, se aprecia una reducción durante la primera mitad de la siguiente década (cuadro 5 del anexo). A su vez, el *stock* de inmigrantes estadounidenses declinó en un 20% entre los censos de 1971 y 1981.

Aunque no se dispone de cifras comparativas para Honduras y Belice, existen indicaciones claras en el sentido que ambos países fueron destino importante de la migración proveniente de los demás países de Centroamérica. Durante los años ochenta Honduras albergó un gran número de personas desplazadas de los países vecinos, especialmente de Nicaragua. Por su parte, Belice es un ejemplo de intensa "transmigración", pues junto a la emigración de población nativa recibió corrientes migratorias de El Salvador y Guatemala; como es el país menos poblado en la región, esos intercambios ocasionaron profundos cambios en su composición étnica y en su distribución territorial: la población latina mestiza aumentó de un tercio de los habitantes en 1980 a más de un 40% en 1991 (superando a la población afrobeliceña) y simultáneamente la población tendió a ruralizarse (Woods *et al.*, 1997).

Sin perjuicio del incremento de su emigración a los Estados Unidos, México acogió un elevado número de personas desplazadas y refugiadas de los países centroamericanos. Como se

desprende de las cifras disponibles, el *stock* de migrantes centroamericanos censados en México virtualmente se cuadruplicó entre 1980 y 1990 (catorce mil y cuarenta y nueve mil personas, respectivamente); el grueso de estos migrantes tiene su origen en Guatemala.

En síntesis, la fuerte expansión del número de migrantes intrarregionales y la reorientación de sus destinos refleja tanto los efectos de las restricciones económicas como de la inestabilidad sociopolítica experimentada por los países centroamericanos entre mediados de los años setenta y fines de los ochenta. Las cifras indican que, aunque con fluctuaciones, la corriente de mexicanos a los Estados Unidos se ha mantenido elevada, —si bien con fluctuaciones— en el mismo período. Los cambios detectados en las cifras sobre los *stocks* migratorios apuntan a una transición, difícilmente reversible, del histórico patrón de migración sur-sur —establecido dentro de la subregión de México y Centroamérica— a otro de dirección sur-norte. La creciente importancia de los Estados Unidos y Canadá como destino preferente de la migración originada en los países del sur tiende a corroborar esta indicación. También se aprecia un debilitamiento de los intercambios de población entre los Estados Unidos y Canadá —patrón norte-norte. En cambio, y a pesar de la hegemonía adquirida por el patrón sur-sur, los antecedentes indican que la migración entre los países centroamericanos y México experimentó un notable crecimiento entre 1970 y 1990.

Desde luego, las cifras de los censos de población no permiten evaluar la intensidad de los movimientos temporarios o cíclicos que, sin duda, se acrecentaron fuertemente con el transcurso del tiempo; es probable que estos movimientos se intensificaran considerablemente dentro del contexto de los acuerdos económicos entre los países, como el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (NAFTA). A los datos sobre los *stocks* de migrantes se deben añadir los relativos a las personas desplazadas en Centroamérica durante los años de escalamiento de la violencia; si bien las cifras pertinentes no se conocen con certeza, es indudable que su número fue elevado y que sus efectos se hicieron sentir en los propios países centroamericanos —principalmente Costa Rica como receptor y El Salvador, Nicaragua y Guatemala como expulsores— y en México y los países de América del Norte. Asimismo, debe constar el intenso proceso de repatriación iniciado a fines de los años ochenta, hecho que es elocuente testimonio de los esfuerzos de cooperación mutua y fructífera entre los países de la región y del apoyo de organismos internacionales.

II.3 Perfiles sociodemográficos de los inmigrantes intrarregionales en los Estados Unidos

Aunque los Estados Unidos —punto de convergencia de los patrones sur norte y norte-norte del continente americano— son el país de destino preeminente de la migración intrarregional, sería inapropiado suponer que sus diversas corrientes configuran un todo homogéneo. Entre estos inmigrantes a los Estados Unidos existen semejanzas y diferencias; estas últimas se hacen notorias, por ejemplo, al distinguir entre las corrientes originadas en México y las procedentes de países centroamericanos. De tal forma, las características de los inmigrantes canadienses son lo suficientemente específicas como para definir un conjunto aparte. Si bien de carácter reducida, la información disponible para caracterizar los migrantes permite identificar algunos atributos sociodemográficos diferenciales, que, de forma muy resumida, se describen a continuación (cuadros 6 a 10 del anexo).⁴

En cuanto a su composición por sexo, los inmigrantes a los Estados Unidos acumulados hasta el censo de 1970 y cuyo origen está en México y las naciones de Centroamérica revelan un

⁴ Debido a la carencia de antecedentes apropiados, este examen no pudo profundizar en aspectos de tipo cualitativo, que son ciertamente importantes, ni en las características específicas de las corrientes y subcorrientes migratorias de menor magnitud absoluta.

predominio femenino; esta condición se refleja con claridad en los índices de masculinidad de todas las corrientes subregionales. Este antecedente permite poner en duda el supuesto sobre una reciente "feminización" de la inmigración intrarregional a los Estados Unidos.⁵ Los datos disponibles indican que, en cuanto concierne a la migración de origen centroamericano y mexicano, tal fenómeno no es nuevo ni constituye una tendencia creciente. Más todavía, lo singular es que entre los mexicanos aquella situación se revierte en 1980, pues los hombres presentan un peso creciente a lo largo del tiempo. Algo similar se constata al comparar las corrientes procedentes de varios países centroamericanos (cuadro 6 del anexo). Tanto en 1990 como en 1996 los *stocks* de migrantes mexicanos exhiben una clara mayoría masculina, atributo compartido —aunque con menor nitidez— por los salvadoreños (cuadros 7 y 8 del anexo). En cambio, en el conjunto de las restantes poblaciones centroamericanas presentes en los Estados Unidos durante los años noventa persiste un predominio femenino, aunque menos acusado que en 1970 (cuadros 6 y 9 del anexo). En el caso de los canadienses, y tal vez por tratarse de un *stock* envejecido, sí se observa una creciente mayoría femenina (cuadro 10 del anexo).

Otro rasgo destacable concierne a la estructura por edad de los migrantes intrarregionales enumerados en los Estados Unidos. Aunque pudiera esperarse que este rasgo reflejase los efectos de los cambios en la evolución demográfica en las áreas de origen —una reducción gradual del porcentaje de jóvenes impulsada por el descenso de la fecundidad— y de las modificaciones en el tipo de selectividad migratoria —según se trate de migración laboral o familiar—, los datos no muestran una tendencia claramente definida. Una condición que se observa, tanto entre los inmigrantes originados en México como en Centroamérica, es un porcentaje persistentemente alto de personas en edades activas y reproductivas. En cambio, los inmigrantes canadienses se distinguen por constituir una población considerablemente envejecida.

Las características de la estructura por edad de los *stocks* migratorios mexicanos y centroamericanos acumulados en los Estados Unidos señalan un alto potencial laboral, el que se traduce en altas tasas de participación económica. Como sería de esperar en virtud de su carácter más envejecido, esta participación es mucho menor en el caso de los inmigrantes canadienses. Dada la importante inserción laboral de mexicanos y centroamericanos en los Estados Unidos, cabe indagar acerca de los perfiles de calificación de estos inmigrantes. Una aproximación básica a este tema está en la información sobre el nivel educativo. Con frecuencia se afirma que la inmigración procedente del sur es de muy baja escolaridad y que esta deficiencia se habría hecho más generalizada en los años setenta y ochenta como fruto de la masificación de las corrientes. Esta percepción sólo encuentra algún sustento en el caso de los mexicanos, que participan de una migración fronteriza fuertemente asociada a actividades agrícolas que no exigen mayor calificación de la mano de obra; sin embargo, incluso en este caso, ese sustento es sólo parcial, pues no puede desconocerse que en esta misma corriente se encuentran importantes contingentes de personas con estudios universitarios. Los migrantes centroamericanos, a su vez, exhiben niveles educativos crecientemente mayores, situación que se detecta con menor nitidez entre los salvadoreños que entre los nativos de otras naciones de Centroamérica; según los datos de la encuesta periódica de población de los Estados Unidos de 1996, más de un 10% de los centroamericanos (excluidos los salvadoreños) de 25 y más años poseía educación universitaria en 1996. Por cierto, los inmigrantes de origen canadiense registran un perfil educativo muy superior al del resto de los inmigrantes.

Dos indicadores adicionales proveen una aproximación básica sobre la condición social de los migrantes: la incidencia de la pobreza y la tenencia de la vivienda. Según los datos del censo estadounidense de 1990, el 20% de los hogares de inmigrantes oriundos de Centroamérica se

⁵ El supuesto carácter creciente de la feminización de la migración intrarregional estaría explicado por una segmentación laboral que favorecería el empleo de mujeres, la reunificación familiar y los desplazamientos forzados (corrientemente compuestos por grupos familiares).

encontraba en situación de pobreza, proporción que era algo más alta entre los hogares de personas nacidas en El Salvador y aun más elevada entre los integrados por inmigrantes mexicanos. Los datos de la encuesta periódica de población de 1996, referidos a personas, sugieren una persistencia —si no un agravamiento— de tal situación. En cuanto al segundo de los indicadores mencionados, en el censo de 1990 se constata que una cuarta parte de los hogares de los inmigrantes centroamericanos dispone de vivienda propia y que entre los de origen mexicano el porcentaje es algo mayor. En años más recientes, y como se desprende de los datos de la encuesta de 1996, habría aumentado la frecuencia de la posesión de la vivienda entre las personas procedentes de Centroamérica —en particular, los salvadoreños. Sin embargo, los inmigrantes del sur registran una elevada incidencia de pobreza y un bajo acceso a bienes propios —y así lo ejemplifica la condición de propietario de su vivienda. Esta situación contrasta con los reducidos índices de pobreza y la generalizada tenencia de la vivienda que exhiben los inmigrantes canadienses.

Es probable que los cambios en los perfiles socioeconómicos de los migrantes hayan sido bastante más complejos que lo descrito. Tales cambios se vincularían tanto a las modificaciones en la demanda de fuerza de trabajo en los Estados Unidos —asociadas a la "reestructuración industrial" y a la aplicación de criterios de flexibilización laboral— como a los aumentos de los niveles de escolaridad de las poblaciones de origen. Además, y desde el ángulo de los factores de expulsión, la violencia debió ejercer un impacto sobre los perfiles socioeconómicos de los inmigrantes centroamericanos en los Estados Unidos.

A pesar de sus limitaciones, esta breve descripción pone en evidencia que en los últimos decenios hubo un aumento del número de migrantes intrarregionales, que el patrón de las corrientes mostró un cambio de rumbo y que sus perfiles sociodemográficos se hicieron algo más complejos. Por cierto, el panorama migratorio es mucho más amplio que el derivado del examen de los *stocks* migratorios, pues existen otras formas de movilidad en que las personas participantes tienden a mantener un pie en las comunidades de origen, como lo ejemplifican los movimientos estacionales y circulares.⁶ Además, la generalización de los movimientos a grandes distancias y la inserción de los migrantes en ámbitos culturales distintos a los de origen contribuyeron a conformar espacios, comunidades y familias "transnacionales". Esta diversidad crea un escenario diferente al que tradicionalmente enfrentan las políticas: la permanencia y la naturalización de los extranjeros.

Mención aparte merece la categoría de "indocumentados".⁷ Por su propia naturaleza, es difícil establecer la magnitud de este tipo de migración. Si bien en todos los países de la región existen migrantes indocumentados, su visibilidad —y su magnitud— es mayor en los Estados Unidos. Según estimaciones del *Immigration and Naturalization Service*, en octubre de 1996 había en ese país casi cinco millones de indocumentados (cerca del 2% de la población estadounidense) y su número se acrecienta a razón de 275 000 personas por año (INS, 1997). De acuerdo con la misma fuente, el 54% de esos indocumentados (alrededor de 2.7 millones de personas) procedía de México y más de 13% de El Salvador (335 mil), Guatemala (165 mil), Honduras (90 mil) y Nicaragua (70 mil); la mayoría de ellos habrían ingresado a los Estados Unidos sin pasar por la inspección de rigor en los puertos de entrada. Algunos de estos indocumentados —y ese es el caso de muchos inmigrantes salvadoreños— son personas que lograron ampliar el plazo de salida forzosa o son postulantes a la amnistía creada por la ley de reforma y control migratorios de 1986

⁶ En cuanto a la importancia de los desplazamientos que involucran retorno se estima que un 86% de los mexicanos que ingresan —documentados o indocumentados— cada año a los Estados Unidos vuelven a sus comunidades de origen (Singer y Massey, 1997).

⁷ Esta categoría agrupa tanto personas que ingresan a un país distinto del de residencia por medios furtivos como a las que ingresan de manera documentada pero extienden su permanencia más allá del plazo autorizado, o trabajan sin disponer del permiso pertinente. Como se indicó, una proporción desconocida de "indocumentados" son enumerados como migrantes por los censos de población, por lo que forman parte de los *stocks*; otra fracción elude el empadronamiento o se declara nativo del país en que está presente.

(IRCA), y cuya situación de residencia está aún pendiente (*ibid.*).⁸ Cabe añadir que entre los países de origen de los inmigrantes indocumentados, el INS ubica en cuarto lugar a Canadá (con 200 mil personas). En suma, alrededor de un 70% del total de inmigrantes indocumentados en los Estados Unidos proviene de los otros países de la región de América del Norte y Central (*ibid.*).

⁸ Es probable que el número de salvadoreños y nicaragüenses indocumentados disminuya aun más como consecuencia de la amnistía migratoria para los centroamericanos decretada a fines de 1997.

III. Factores del proceso de desarrollo que inciden en la migración

III.1 Dinámica demográfica: oferta de trabajo

Los factores demográficos combinados con otros —como las trayectorias políticas y económicas (nacionales e internacionales) y la pugna entre las pautas socioculturales que se mundializan y aquellas que mantienen la identidad de los pueblos—, son fundamentales tanto para interpretar como para pronosticar la migración. La cambiante experiencia migratoria de Europa occidental ilustra la relevancia de estos factores. Las grandes corrientes de emigración originadas en esa región entre la segunda mitad del siglo XVIII y la primera del siglo XX —cuyo destino preferente eran las Américas y, en menor medida, Oceanía— fueron, en alguna medida, respuesta a un crecimiento demográfico ascendente, que no podía ser absorbido productivamente por sus sociedades y sus economías. Del mismo modo, las corrientes de inmigración que en la segunda mitad del siglo XX tuvieron por destino a Europa occidental no sólo fueron motivadas por una atracción socioeconómica, sino también por la dinámica demográfica tanto de los países de emigración —de rápido crecimiento de la población y oferta excedente de mano de obra— como la de los receptores —con escasez de mano de obra durante las etapas de expansión económica de los años sesenta y setenta y carencia de trabajadores para realizar actividades de menor calificación, con frecuencia desdeñadas por la fuerza de trabajo nativa.

El ejemplo europeo muestra la conveniencia de investigar acerca del posible papel de la dinámica demográfica de los países de la región de América del Norte y Central como un conjunto de fuerzas que estimulan o inhiben la migración internacional. Un primer hecho que se distingue es la diversidad de situaciones: algunas poblaciones nacionales están en estado avanzado de transición demográfica (Canadá y los Estados Unidos), otras experimentan un pleno desenvolvimiento de esa transición (Costa Rica, México y Panamá) y un tercer grupo se ubica en una etapa moderada del proceso (Belice, El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua).⁹ Más allá de las especificidades técnicas de estas situaciones, para el examen de la migración internacional resulta especialmente pertinente considerar los efectos de esos cambios sobre la dinámica de la fuerza de trabajo, pues el grueso del contingente migratorio está formado por personas en edad de trabajar. En tal sentido, cabe destacar que la transición demográfica en los Estados Unidos y Canadá está dando lugar a un descenso en el ritmo de expansión de la población en edad de trabajar; las cohortes resultantes del *baby-boom* —ocurrido aproximadamente entre 1945 y 1960— ya se incorporaron a la fuerza de trabajo y su bajo ritmo de sustitución —afectado por el *baby-dust* posterior a 1960— impone desafíos en diversos rubros, entre otros, el financiamiento de la seguridad social. Si bien los demás países de la región registran una tendencia al descenso de la fecundidad, sus efectos sobre la expansión de la población en edad de trabajar recién han comenzado a hacerse presentes y en algunos casos aún no son percibidos con nitidez.¹⁰

En los países cuyo descenso de la fecundidad viene ocurriendo desde hace varios años, y de modo intenso, se proyecta una gradual disminución del ritmo de crecimiento de las cohortes que ingresan a la edad de trabajar; en México, por ejemplo, ese ritmo caería a la mitad entre 1996 y 2010 (Gómez de León y Tuirán, 1997). Esta tendencia abre un escenario demográfico propicio para una declinación relativa de las propensiones migratorias y la caída de la tasa de crecimiento de la población en edad de trabajar en México podría redundar en una atenuación de la oferta laboral excedente, facilitando la obtención de empleo en el mercado nacional (CONAPO, 1997). Sin embargo, esta conclusión es exageradamente simple, pues hace abstracción del poderoso atractivo de los mercados de trabajo de los Estados Unidos y Canadá, particularmente en un período en que las cohortes heredadas del *baby-boom* comenzarán a retirarse de la actividad laboral. Además, tal conclusión es ilusoria: la trayectoria efectiva de la fuerza de trabajo depende no sólo de factores demográficos sino también de la evolución de las tasas de participación laboral.¹¹ Aun más, en los países que sufrieron guerras internas —y que se encuentran en una etapa moderada de su transición demográfica— no se prevé, a corto plazo, una reducción del crecimiento demográfico de la población en edad de trabajar. La persistencia de elevados niveles de la fecundidad y la disminución de los efectos directos de la violencia sobre la emigración forzosa y la mortalidad conllevarán un acrecentamiento de las cohortes de nuevos aspirantes al trabajo.

Otro elemento sobre el cual podrían hacerse conjeturas es el de la eventual reducción de la propensión a emigrar derivada de un cambio en las modalidades del descenso de la fecundidad según grupos socioeconómicos y étnicos. Este descenso se registró con fuerza entre los grupos con mayor educación y mejores condiciones de vida; en cambio, se insinúa tímidamente entre los

⁹ La transición demográfica es un proceso de reducción sostenida de la fecundidad y de la mortalidad desde niveles altos a bajos; el crecimiento natural, que es reducido en los dos estados extremos del proceso, se acelera —por efecto de la disminución de la mortalidad y la mantención de la fecundidad— durante la instancia intermedia. En el caso de los países de la región, las poblaciones se clasifican de acuerdo con los criterios y la tipología utilizados por el CELADE (1996).

¹⁰ Esto pone en evidencia el efecto de rezago —fenómeno conocido como "inercia demográfica"— con que se dejan sentir los cambios de la fecundidad sobre la estructura por edad de la población. Además, la magnitud de ese efecto depende fuertemente del ritmo y la temporalidad del descenso de los niveles reproductivos.

¹¹ A estas circunstancias es necesario añadir el efecto de la creciente incorporación de la mujer en el mercado de trabajo. Este fenómeno, también vinculado con la transición demográfica —por las mayores facilidades que supone la reducción de la fecundidad para la actividad económica de las mujeres— pudiera provocar un aumento de las tasas de participación laboral, lo que tiende un velo de incertidumbre sobre las implicaciones finales del cambio en la población económicamente activa para la migración internacional.

estratos pobres, los habitantes del campo, los indígenas y las personas con bajo nivel de instrucción (CEPAL/CELADE, 1998). Debiera esperarse, sin embargo, que la aplicación de políticas focalizadas y el fortalecimiento de presiones provenientes del contexto social contribuya a acelerar la disminución de la fecundidad en estos grupos postergados de la sociedad. Dado que una parte importante de la emigración parece provenir de estos grupos, la disminución de la fecundidad supondría, a mediano y largo plazo, una merma del potencial de emigrantes (CONAPO, 1997).

No obstante la relevancia de los factores demográficos en la explicación de la migración internacional, existe consenso en que su influencia se manifiesta por medio de otras dimensiones del desarrollo. Así, el impacto de las variables demográficas sobre la migración adquiere significado en virtud de sus enlaces con la dinámica del empleo, la institucionalidad y la desigualdad en la distribución del ingreso en los países de emigración. Análogamente, las variables demográficas inciden sobre la migración mediante el dinamismo de la demanda laboral y la apertura de los mercados de trabajo en los países de inmigración.

III.2 Factores económicos: demanda laboral

La década de los años ochenta trajo consigo —además de crisis económica, estancamiento del empleo y aumento de la incidencia de la pobreza en los países en desarrollo— cambios profundos en las estructuras económicas de todos los países de América del Norte y Central. Por cierto, el sentido y los efectos de esta reorganización económica y laboral son disímiles. México y Centroamérica registran una recuperación, si bien todavía moderada y con oscilaciones bruscas, del crecimiento de la economía y del empleo (CEPAL, 1996). La trayectoria de la evolución económica reciente revela claras insuficiencias: las tasas de crecimiento del producto muestran un desempeño inferior al histórico (entre 1945 y comienzos del decenio de 1970); persiste el contexto de vulnerabilidad y así lo indican los elevados déficits en cuenta corriente, la necesidad de efectuar sucesivos ajustes y la fragilidad de los sistemas financieros; los coeficientes de ahorro e inversión son todavía reducidos (CEPAL, 1997a). La reestructuración económica ha agudizado la histórica heterogeneidad estructural, ya que se han ensanchado las diferencias de productividad entre las empresas "modernas" y las actividades rezagadas, que concentran el grueso del empleo (*ibid.*).

Después de 1975, época en que las economías de Europa occidental y del Asia oriental incrementaron su participación en los mercados, en los Estados Unidos se hace patente la necesidad de aumentar la competitividad de su economía en el escenario internacional. Esta búsqueda de competitividad lleva a una más profunda incorporación del progreso técnico —incluyendo la introducción de nuevos principios de organización empresarial y de gestión—, que origina una "reestructuración industrial" y reajustes espaciales en el emplazamiento de la producción; a estos fenómenos se asocian la pérdida de empleos, una distribución más desigual del ingreso y un deterioro de los salarios reales (Farley, 1996; Sassen, 1988; Jaffee, 1986). Como fruto de esta transformación se gesta una "polarización" de la demanda laboral: disminuye la importancia relativa de los empleos que demandan niveles "medios" de calificación y aumenta tanto la de aquellos con exigencias mayores como de quienes requieren escaso entrenamiento y no cuentan con protecciones para el trabajador (Banco Mundial, 1995; Levy y Murnane, 1992). Dentro de este último segmento del mercado laboral —que comprende empleos temporales de alta rotación— se han abierto nichos para la incorporación de inmigrantes; en ausencia de beneficios adicionales que permitan compensar el efecto de salarios relativamente bajos, aquellas plazas no serán atractivas para la población nativa (Haas y Litan, 1998).

Indudablemente, el dinamismo de la generación de empleos en los Estados Unidos y las marcadas brechas salariales con los países vecinos del sur fueron un poderoso imán para la migración. Aun cuando la reestructuración económica en los Estados Unidos de los años ochenta y

comienzos de los noventa produjo una desaceleración de la demanda por fuerza de trabajo, desde 1992 se viene registrando una recuperación sostenida (Zuckerman, 1998). Se estima que el promedio anual de puestos de trabajo no agrícolas generados entre 1994 y 1996 alcanzó alrededor de 3 millones; como el crecimiento medio anual de la población en edad de trabajar durante ese trienio fue de 1.3 millones de personas, se habría rebasado la oferta de mano de obra interna (Escobar, 1998, basado en estadísticas del *Monthly Review of Labor*). Estas condiciones reforzaron la condición de los Estados Unidos como centro de atracción para la fuerza de trabajo regional —y del resto del hemisferio. Como es altamente improbable que el reducido ritmo de crecimiento de la población estadounidense en edad de trabajar experimente un aumento a corto plazo —a raíz del *baby-bust* más bien se espera una declinación— y como las tasas de participación en la actividad económica han desacelerado su crecimiento en años recientes, las proyecciones sugieren que persistirá el desajuste histórico entre oferta y demanda de fuerza de trabajo. En Canadá, la brecha entre oferta y demanda de empleo es mucho menor, pero se estima que los migrantes siguen siendo necesarios para el funcionamiento de su sociedad y economía.

A diferencia de la evolución observada en los Estados Unidos y en Canadá, las tendencias del empleo en México y los países centroamericanos se han visto severamente afectadas por el comportamiento adverso de sus economías en el decenio de 1980 (la "década perdida"); la recuperación posterior ha sido más bien magra (cuadro 11 del anexo); parece indiscutible que en los años ochenta "se rompió el frágil equilibrio del empleo que se había conseguido mantener en la etapa anterior de crecimiento" (CEPAL, 1996); las expresiones de esta ruptura son: "los salarios reales disminuyeron, el desempleo abierto se expandió y aumentó la proporción de empleos en segmentos de menor productividad media" (*ibid.*). Las estrecheces, debilidades y rigideces de los mercados laborales parecen haber persistido una vez superadas las instancias más duras de la crisis y el ajuste de los años ochenta; en rigor, el crecimiento reiniciado en los años noventa no se caracterizó por avances significativos en materia de generación de empleos y aumento de la equidad (*ibid.*). A estos antecedentes es necesario agregar el efecto de los rebotes de episodios de recesión —como el sufrido por México entre 1995 y 1996—, que rápidamente han descargado sus consecuencias sobre el empleo (cuadro 12 del anexo). Si bien las tasas de desempleo abierto no parecen excepcionalmente elevadas en México y Centroamérica, salvo en Panamá y Nicaragua, la baja productividad asociada a muchos empleos —especialmente en la agricultura y los servicios— y los menguados ingresos salariales son indicativos de una subutilización de la mano de obra.

En suma, la dinámica cuantitativa de los mercados de trabajo permite identificar tanto fuerzas de atracción en los países más desarrollados de la región como fuerzas de expulsión en las demás naciones. A los efectos motivadores de la migración que se derivan de estos factores es necesario agregar el importante papel que desempeña el funcionamiento institucional de aquellos mercados, especialmente en los Estados Unidos. Las presiones inherentes a la intensificación de la competitividad han llevado a una mayor flexibilidad laboral e implican una fuerte rotación en el empleo y la búsqueda de medios para reducir el costo del trabajo. El uso de mano de obra migrante suele ser uno de los medios que contribuyen a este objetivo y la contratación de supervisores "extranjeros" tiende a facilitar el reclutamiento de trabajadores no nativos (Martin, citado en Escobar, 1998). Otro aspecto del funcionamiento de los mercados de trabajo estadounidenses que también incide sobre el empleo de trabajadores migrantes es el relativo al cumplimiento de las normas legales. A pesar de que las instituciones oficiales son cada vez más rigurosas en la aplicación de controles, se ha detectado que un porcentaje no despreciable de los empleadores elude aquellas normas (Fraser, 1994).

Las especificidades cualitativas de la demanda de mano de obra migrante parecen ser cruciales para el examen de las posibilidades de reemplazar a estos trabajadores por fuerza laboral interna. Una elevada fracción de los migrantes a los Estados Unidos se desempeña en actividades agrícolas que, por su estacionalidad, presentan ciclos marcados en la demanda de trabajo; estas

circunstancias y las consideraciones de costo mueven a los empleadores a contratar trabajadores migrantes (Bustamante, 1997). Otra parte importante y creciente de estos labora en actividades de servicios y manufactureras que no exigen mayor calificación (CONAPO, 1997); aunque este tipo de empleos suele deparar ingresos inferiores a los salarios medios de los Estados Unidos —lo que los hace poco atractivos para la fuerza de trabajo nativa— sus montos exceden con largueza los que podría obtenerse en ocupaciones similares en los países de origen de los que migraron. Como puede colegirse de lo anterior, los aspectos cualitativos de la mano de obra migrante y de la demanda de empleo de bajo grado de calificación tienden a generar rigideces e inercias que dificultan su reemplazo fluido por población nativa.

La diferenciación entre trabajadores migrantes agrícolas y no agrícolas puede incidir en la estabilidad de la migración y en la percepción cualitativa de sus efectos por parte de la sociedad receptora. La demanda histórica de mano de obra migrante para las actividades agrícolas, especialmente en el suroeste de los Estados Unidos, no parece ser responsable directa de la actual visibilidad social de quienes migraron. A raíz de la condición estacional de los empleos, los trabajadores migrantes en la agricultura se distinguen por el carácter circular de sus movimientos; además, como esas actividades tienen lugar en zonas rurales poco pobladas, su presencia no se hace ostensible (Bustamante, 1997). La visibilidad aludida surge más bien del empleo de trabajadores migrantes en ocupaciones manufactureras y de servicios, particularmente en los aglomerados metropolitanos —tanto del sur y suroeste de los Estados Unidos como en Nueva York y Washington— (Pellegrino, 1995). Estos trabajadores se asientan en ciudades y tienden a constituir colonias de residencia permanente, en las que procuran mantener la identidad cultural originaria. No obstante lo anterior, este tipo de migrantes, de carácter más "permanente", experimenta procesos más profundos de asimilación, lo que les otorga mayores posibilidades de intervenir en la dinámica sociocultural de los Estados Unidos; esta participación, que incluye un consumo más intenso de servicios y el acceso a prestaciones sociales, es un factor que contribuye a generar la imagen de que la migración involucra costos superiores a los beneficios que depara.

III.3 Factores de orden político

Sin duda, los factores políticos, expresados en las formas de repartición social del poder — con sus correlatos de inclusión y exclusión— se vinculan también con la migración. Las vías por las cuales pasa esta asociación son complejas; además de entremezclarse con otras dimensiones (sociales, económicas y culturales) del proceso de desarrollo, dependen de circunstancias históricas, del grado de autonomía nacional, de las formas de relacionamiento internacional y de la solidez de las instituciones. Entre las manifestaciones tradicionales del efecto de los factores políticos sobre la migración intrarregional se encuentra el asilo de elites o de grupos dirigentes (los Estados Unidos, México, Costa Rica y Panamá se destacaron como países de acogida) y esa práctica ha permitido mantener vivas corrientes ideológicas de diverso tipo, pues muchos de estos migrantes vuelven a la arena política cuando regresan a sus países de origen. Distinta, por el carácter masivo de la expulsión y la multiplicidad de sus repercusiones, fue la experiencia vivida por la región entre la segunda mitad de los años setenta y finales del decenio siguiente. La exacerbación de la lucha política, y en particular los enfrentamientos bélicos entre los bandos en pugna, constituyó una fuerza de expulsión poderosa en El Salvador, Guatemala y Nicaragua; por cierto, los efectos de la violencia afectaron a los demás países de la región, principalmente a raíz de los movimientos de desplazados, del asilo y del refugio, que alcanzaron intensidades sin precedentes.

El restablecimiento de formas pacíficas de competencia política permite indicar que el conflicto ideológico ya no es un factor tan determinante de la emigración. Una vez recuperada la paz en Centroamérica y fortalecidas las formas de participación política en México, los factores

económicos vuelven a ocupar un sitio privilegiado en la determinación de los movimientos migratorios internacionales. Aun así, los conflictos armados y sus consecuencias han dejado al menos dos lecciones. La primera es la necesidad de tomar medidas con el propósito de incorporar, de manera efectiva y eficaz, a los actores sociales en el proceso de toma de decisiones mediante la consolidación democrática y la apertura de espacios reales de participación popular. Además de su carácter positivo intrínseco y de sus méritos en materia de ética pública —ya que se dirigen al cumplimiento de derechos considerados universales—, tales medidas pueden impedir que la acción política se enrarezca hasta el punto de derivar en actividad militar; por otra parte, favorecen el compromiso de los distintos grupos sociales con el desarrollo nacional y la distribución justa de sus frutos. Todos estos elementos contribuirían a atenuar los incentivos para la emigración.

La segunda lección apunta a la consideración de los migrantes por parte de los Estados y sociedades civiles de los países de origen. Aunque los factores políticos que provocaron la emigración masiva pueden catalogarse como esencialmente transitorios, sus efectos han sido más duraderos, pues una fracción de los migrantes terminó por asentarse de manera "permanente" en el lugar de destino (sobre todo cuando ese destino fue los Estados Unidos). Después de afianzado este asentamiento han buscado reunificar sus familias en el país de destino, lo que se ha convertido en otro factor de migración. Paralelamente, han tendido a conformar colonias —como un intento por preservar su identidad cultural—, mantienen contactos con familiares y amigos en sus zonas de origen y efectúan remesas monetarias. Aun más, es probable que algunos regresen a los países de procedencia y que aquellos que no retornan deseen asegurar una relación estrecha con su país. Esta situación impone la necesidad de redoblar los esfuerzos por acoger a aquellos que retornan y por mantener vinculados a los que decidan quedarse en el país de destino.

Otro factor político que puede ser crucial para la migración internacional se relaciona con los países de destino y concierne tanto a las disposiciones acerca de inmigración como a las actitudes sociales sobre la materia. Buena parte de la nutrida corriente de centroamericanos hacia los Estados Unidos en los decenios de 1970 y 1980 contó con algún grado de aprobación social y gubernamental (expresado, en parte, por la ley de reforma y control migratorios de 1986, IRCA). Posteriormente, la legislación migratoria se hizo más rigurosa y fortaleció los controles fronterizos; estas medidas pueden tener efectos directos —captura de indocumentados y negación de las solicitudes de ingreso— e indirectos —disuasión— sobre la migración. Sin embargo, existe relativo consenso acerca de las limitaciones que presentan estos mecanismos para incidir sobre el proceso, particularmente si no están acompañados de modificaciones en los factores que desencadenan la migración (Espenshade, Baraka y Huber, 1997).

III.4 Factores de orden social

En virtud de su condición de proceso social, la migración se relaciona de modo estrecho con todos los demás componentes de esta dimensión del desarrollo; sin embargo, en este acápite sólo se hará una breve referencia a dos factores con los que se vincula de manera más directa. El primero comprende aquellas condiciones de vida y bienestar de la población que se relacionan con la distribución del ingreso y el acceso a servicios básicos. El segundo factor alude a la construcción social de la migración —mediante la articulación entre las personas residentes en el exterior y sus comunidades en los países de origen— y al capital social de los migrantes.

En América del Norte y Centroamérica son manifiestas las desigualdades de las condiciones de vida y del bienestar de la población. Una primera diferencia, evidente por sí sola, es la existente entre los países más desarrollados (los Estados Unidos y Canadá) y los que integran la subregión de México y Centroamérica. Esta diferencia no se reduce a los niveles medios de bienestar sino que abarca también los patrones de distribución de los frutos del progreso material. En México y

Centroamérica —sin perjuicio de sus diferencias— existe una herencia de inequidad social que se agravó durante la crisis de los años ochenta; en la primera mitad del decenio siguiente estos rezagos cedieron en forma muy lenta, y así lo indican la elevada incidencia de la pobreza (que sólo en Costa Rica y Panamá afecta a menos del 30% de los hogares) y la desigualdad y rigidez en la distribución del ingreso. Estas circunstancias delimitan un contexto proclive a la emigración.

Caben dos aseveraciones generales en relación con los efectos de las condiciones de vida sobre la migración internacional. La primera es que un deterioro de aquellas condiciones estimula la emigración; salvo en situaciones extremas —cuando está en riesgo la sobrevivencia—, esta emigración se materializará en tanto existan localidades alternativas que ofrezcan mejores oportunidades que el lugar de residencia actual y se disponga de información —frecuentemente suministrada por amigos o parientes— sobre dichas localidades. En segundo lugar, un mejoramiento de las condiciones de vida puede causar un efecto bipolar sobre la emigración internacional. A largo plazo, es posible que implique una reducción de la propensión a emigrar si facilita la satisfacción de los requerimientos de la población. Sin embargo, a corto y mediano plazo, también puede incrementar la emigración si contribuye a una mayor exposición —y apertura— a la información sobre localizaciones alternativas, lo que se refuerza cuando se producen progresos en materia de transportes y comunicaciones. Además, el mejoramiento de las condiciones de vida puede ocasionar mayores expectativas de la población que, si no son atendidas localmente, se convierten en incentivo para la emigración. El caso de México ilustra los anteriores planteamientos: si bien es efectivo que las crisis económicas estimularon la emigración hacia los Estados Unidos, los progresos en las condiciones de vida de la población no parecen haber sido capaces de contener esta emigración.

Debe indicarse que las redes sociales son organizaciones informales y representan las "microestructuras de la migración"; además de medios que refuerzan la cohesión social y la identidad cultural, son instituciones cuyo funcionamiento pone en claro que las decisiones migratorias no se reducen a cálculos individuales sino que tienen lugar dentro de una colectividad (Arizpe, 1978; Massey *et al.*, 1987). Esta es una de las razones para que muchos migrantes se desplacen en grupos y no como individuos aislados y es también uno de los factores que —más allá del comportamiento de la demanda por fuerza de trabajo— explican la preferencia de estos grupos por algunas localizaciones específicas en el país de destino (Portes y Bach, 1985). Las redes son una fuente importante de apoyo, pues proveen información, acogida, relaciones sociales y recursos, necesarios tanto para cruzar las fronteras como para obtener empleos y bienes. Por tanto, contribuyen a minimizar los riesgos y los costos de los movimientos, hecho que resulta particularmente crucial para los indocumentados. Frente a restricciones de la política inmigratoria y al aumento de los controles fronterizos crece el incentivo para pertenecer y hacer uso de las redes. Las estrategias diseñadas por las redes tienden a anular los efectos de las medidas destinadas a restringir la inmigración.¹² Además, en las actuales condiciones de mayores facilidades de comunicación y transporte, esas redes permiten que los migrantes permanezcan en contacto con sus comunidades de origen y canalicen recursos hacia ellas, elevando la probabilidad de retorno a esas comunidades. En consecuencia, la destrucción o debilitamiento de las redes podría reducir las probabilidades de inserción exitosa de los migrantes en el país de destino, pero al mismo tiempo haría más difíciles los contactos de quienes migraron con sus comunidades de origen, su retorno y la posibilidad de que la migración impulse el desarrollo de esas comunidades.

¹² Un análisis de los datos de la Encuesta Migratoria de la Frontera Norte de México (EMIF) muestra que los indocumentados que tienen mayor éxito en sus esfuerzos por sortear los obstáculos del ingreso a los Estados Unidos son aquellos que hacen uso de las redes (Escobar, 1998).

III.5 Condiciones ambientales

Aunque los estudios acerca de los efectos de los factores ambientales sobre la migración no parece haber avanzado lo suficiente como para suministrar evidencias concluyentes e incontrovertibles, ya existen antecedentes sobre las limitaciones que imponen los diversos problemas ambientales al asentamiento —o al arraigo territorial— de la población, lo que se ha advertido con mayor claridad en la movilidad interna. El deterioro de los suelos (por erosión, salinización o desertificación), la contaminación (del agua o del aire) y los desastres naturales, son fuerzas de expulsión para los grupos directamente afectados, tanto en las zonas rurales como en las urbanas.

Muchas de las políticas que han impulsado el crecimiento económico en México y América Central han puesto escasa atención a los efectos sobre el ambiente —y sobre el suelo en particular—, lo que ha conducido a la degradación de la base de recursos naturales de importantes áreas dentro de estos países, incidiendo directamente sobre la población residente y reduciendo las opciones de desarrollo de esas áreas. En México se detectó que tal degradación se relaciona con la migración interna y con la pobreza (*Natural Heritage Institute, 1997*); la expansión ganadera en Guerrero, Tabasco y Campeche degradó vastas zonas boscosas y selváticas e indujo el traslado de población de escasos recursos. En varios países centroamericanos, la expansión de la ganadería y el cultivo de productos de exportación provocó tanto el desplazamiento de población como daños ambientales. La migración salvadoreña hacia Honduras, que se intensificó especialmente durante los años sesenta, tuvo parte de su explicación en las carencias de terrenos para los campesinos en un país densamente poblado, con una distribución muy desigual de la tierra y con poco acceso al crédito y la tecnología.

Dos conclusiones elementales pueden deducirse de esta apretada exposición sobre los factores ambientales que operarían como factores de la migración internacional. La primera es que en el futuro inmediato será necesario prestar mucha más atención a los impactos ambientales de los proyectos productivos y del asentamiento de la población. La segunda es que, para hacer viable el retorno de algunos de los emigrantes de las áreas afectadas por problemas ambientales, deberán diseñarse nuevas formas de trabajo y nuevas actividades económicas, ya que las tradicionales serán incapaces de arraigar a estas poblaciones.

IV. La migración y el desarrollo de las zonas de destino y de origen

IV.1 Consecuencias de la inmigración en las zonas de destino

Los efectos de la inmigración sobre el desarrollo de las sociedades receptoras constituyen uno de los temas que concita mayor debate político en los países de la región y en los círculos académicos y técnicos la evaluación de esos efectos es todavía objeto de interpretaciones controvertidas. Corresponde subrayar que el examen de estas consecuencias debe abarcar las distintas dimensiones del desarrollo: no obstante la importancia del impacto económico de la inmigración —que suele analizarse mediante el cotejo entre costos y beneficios financieros—, son innegables sus repercusiones culturales y sociales.

Una consideración básica desde un punto de vista económico es que los inmigrantes generan producción y contribuyen a aumentar la capacidad de consumo del resto de la población mediante la disminución de los precios de los bienes y servicios. El aporte económico de los migrantes incluye también el saldo fiscal que se deduce de la diferencia entre los impuestos que pagan y el uso que hacen de los servicios de asistencia social. Considerando ambos elementos, algunos estudios realizados recientemente en los Estados Unidos concluyen que el efecto económico neto de la inmigración es positivo para la economía, aunque el margen de beneficio es más bien reducido (NRC/NAS, 1997; Borjas, 1997). La cuantía de este efecto

varía sustancialmente según los perfiles educativos y ocupacionales de los inmigrantes: los poco capacitados efectúan una importante contribución a la producción y el consumo, pero su aporte fiscal neto es cero o negativo; en cambio, la contribución de los inmigrantes altamente calificados a la producción y el consumo es —en términos agregados— menos significativa, pero su aporte fiscal es ampliamente positivo. En los mismos estudios se señala que, en general, la fuerza de trabajo formada por los inmigrantes mexicanos y centroamericanos está constituida por personas de bajos niveles de calificación.

Aparentemente, muchas percepciones sociales acerca de la inmigración no están respaldadas por constataciones técnicas; para la opinión pública resulta más visible el uso que los inmigrantes pobres hacen de los servicios de bienestar —en salud, subsidios directos y educación— que el aporte que realizan al proveer bienes y servicios a precios inferiores a los que alcanzarían sin su concurso. Más aún, este mismo beneficio objetivo para los consumidores es interpretado desde un ángulo opuesto: la competencia ejercida por los trabajadores inmigrantes ocasiona un deterioro de los salarios de la mano de obra nativa que ocupa el mismo tipo de empleos. Sin embargo, las investigaciones muestran que la competencia por los puestos de trabajo que demandan menor calificación se circunscribe básicamente a los inmigrantes que poseen tales perfiles de capacitación, en particular los mexicanos y centroamericanos (primer estudio binacional de México y los Estados Unidos sobre migración, citado por Escobar (1998); NRC/NAS, 1997; Borjas, 1997). Si bien otros estudios indican que el aumento de la inmigración de origen latinoamericano se asocia con un incremento del desempleo entre la población afroamericana, esta asociación sólo se registra en las áreas metropolitanas con economías estancadas (Bean, Fossett y Park, 1996; Newby, 1996).

Los análisis sobre el costo que representa la inmigración tanto por el uso de servicios públicos como por la percepción de subsidios han llegado a resultados discordantes. En una investigación se detectó que el porcentaje de hogares de inmigrantes mexicanos que reciben ingreso suplementario del Estado y beneficios de los programas que exigen demostrar ingresos bajos (*means tested programs*) es mucho mayor que el de los hogares de nativos estadounidenses. Sin embargo, la misma investigación advierte que los impuestos pagados por aquellos inmigrantes y el costo marginal de los servicios efectivamente usados por ellos no pudieron ser medidos en forma satisfactoria (Borjas, 1997). Un aspecto crítico de este asunto es que el costo del pago de los impuestos para financiar los subsidios y servicios asistenciales usados por los inmigrantes es visible y, en cambio, el beneficio derivado del menor precio de los bienes y servicios que se deriva del trabajo de los inmigrantes es más difícil de percibir.

Un segundo aspecto de la discusión acerca del impacto de la migración sobre el desarrollo de la zona receptora es el de sus repercusiones socioculturales. El proceso de aculturación de los migrantes internacionales es un asunto que despierta gran polémica en los países receptores; este debate se da tanto en el plano filosófico político como en el científico. En el primero de estos planos se contrastan los derechos de los migrantes a mantener su identidad cultural —y sus vínculos con el país de origen— con los derechos que tiene la sociedad receptora para imponer dentro de su territorio pautas de conducta, códigos culturales y principios valóricos. Toda sociedad deja un espacio —de mayor o menor amplitud— para la heterogeneidad, que permite a los individuos y a las minorías mantener un grado de autonomía relativa frente a los comportamientos socioculturales predominantes. Por cierto, estos asuntos tienen una larga tradición en los Estados Unidos y Canadá, que son naciones construidas con el aporte de los inmigrantes y configuran mosaicos de culturas, etnias y religiones.

Respecto al segundo plano de la discusión cabe destacar que, si bien hay consenso en que todo encuentro de dos culturas conduce a transformaciones —entre los receptores y entre los recién llegados—, no es clara la forma en que se produce el proceso de aculturación de los migrantes ni cuál es el significado (o las repercusiones) de su asimilación cultural, tanto para ellos mismos como

para la sociedad receptora. Algunas pistas en esta dirección pueden encontrarse en los estudios acerca de las consecuencias de la migración *interna* de los inmigrantes internacionales sobre la recomposición social y cultural de las localidades de destino. Se ha detectado que, a raíz de la intervención de las redes sociales, una colonia de migrantes establecida en una localidad tiende a atraer nuevos inmigrantes del mismo origen (Portes, 1997). Así, en varias áreas metropolitanas de los Estados Unidos, el nucleamiento residencial —y sus efectos sobre el mercado inmobiliario— de grupos con atributos culturales afines, suele asociarse con el desplazamiento de los residentes nativos o de los hogares pertenecientes a culturas distintas a las de los migrantes. Otro fenómeno de sucesión étnica se advierte en los asentamientos pequeños —pueblos que proveen servicios para la agricultura o que son sedes de agroindustrias— de las zonas receptoras de inmigración mexicana en los Estados Unidos: la población de origen no hispano es reemplazada por inmigrantes mexicanos. Esta sucesión lleva a preguntarse si la llegada de la nueva población fuerza a que la anterior abandone sus empleos y emigre de esos pueblos. La respuesta es compleja (Escobar, 1998). Por lo común, esas localidades están en decadencia y la población anterior ya emigró, dejando tras de sí puestos de trabajo disponibles y viviendas de bajo costo; estos espacios son ocupados por los inmigrantes. Esto no implica desconocer que la llegada de éstos, con sus especificidades culturales, puede estimular la emigración de la población anterior.

Otra faceta de las consecuencias de la inmigración sobre el país de destino apunta a la migración de familias, fenómeno que abarca tanto el traslado simultáneo de núcleos completos como la reunificación de sus miembros. Estas pautas migratorias suelen indicar expectativas de asentamiento duradero, lo que puede facilitar el proceso de aculturación y estimular un mayor compromiso con la sociedad de destino. Una contrapartida de esos eventuales beneficios para la sociedad receptora está en los mayores costos sociales que involucra la atención de niños y adolescentes. Para las sociedades de origen, la migración familiar aumenta la probabilidad de la pérdida definitiva de los emigrantes. La inmigración de familias centroamericanas y mexicanas a los Estados Unidos parece haber aumentado durante los años noventa y tal aumento pudo ser uno de los resultados de la ley de reforma y control migratorios (IRCA), que permitió regularizar la situación de los parientes de los inmigrantes. Los antecedentes reunidos por algunas encuestas mexicanas sugieren que estos efectos habrían sido menos intensos entre los mexicanos que entre los centroamericanos (INEGI, 1995). Pero la IRCA no es la única ley que puede producir efectos sobre la composición familiar o individual de la migración; las leyes de bienestar social y de inmigración de 1996 podrían tener resultados parecidos o mayores, pues la restricción del acceso a una cantidad considerable de servicios llevó a la naturalización acelerada de inmigrantes que ya tenían la condición de residentes en los Estados Unidos. La puesta en vigor de estas leyes conlleva un alto potencial migratorio, ya que la población que adquiriera la nacionalidad estadounidense tendrá mayores facilidades para que sus familiares directos inmigren (Massey, 1998).

IV.2 Consecuencias de la emigración en las zonas de origen

Los efectos de la emigración sobre el desarrollo en los países de origen son múltiples y también motivo de interpretaciones dispares. Sin duda, la emigración contribuye a aminorar el ritmo de incremento de la población e incide en una disminución neta de las necesidades sociales básicas en las zonas de origen. Por otra parte, y como la propensión a migrar es mayor entre las personas en edad de trabajar, la emigración puede representar una "válvula" de escape para los excedentes de oferta laboral en zonas afectadas por altos niveles de desempleo y subempleo. Por tanto, desde el ángulo de una zona de origen, la emigración puede ser un factor de "descompresión" socioeconómica. Sin embargo, es dudoso que la pérdida de efectivos, especialmente de aquellos que están en edades activas, sea una condición deseable para garantizar el desarrollo de la zona en cuestión.

La evaluación del efecto de la emigración sobre el desarrollo de las zonas de origen exige determinar la naturaleza de los emigrantes. Si se trata de recursos humanos calificados —o personas cuyo grado de formación es mayor que el del promedio de la fuerza de trabajo residente—, es posible que la zona de origen sufra una merma de su potencial de desarrollo, cuya importancia dependerá de las opciones que existan en esa zona para recuperar esos recursos. Tales opciones, a su vez, se relacionan tanto con la capacidad de reproducción de los recursos humanos calificados como con su aprovechamiento. Frecuentemente la emigración de estos recursos tiene su explicación en el desajuste —coyuntural o estructural— que se registra entre su oferta y las posibilidades concretas de absorción a escala local. Dadas estas condiciones, la emigración pudiera entenderse como un mecanismo que coadyuva a restablecer el equilibrio de los mercados de trabajo. No obstante, la situación aumenta su complejidad cuando se examina el funcionamiento de esos mercados de trabajo dentro del contexto social y económico más amplio de la zona de origen.

Si una de las condiciones básicas para impulsar un desarrollo sostenido y sustentable es la disponibilidad de recursos humanos calificados —capaces de incorporar el progreso técnico requerido por las transformaciones productivas consubstanciales al desarrollo—, es posible que la escasez de su demanda indique una insuficiencia estructural que se extiende más allá del ámbito de los mercados de trabajo. Por ende, una demanda actual reducida no invalida la necesidad social y económica de aquellos recursos en las zonas de origen. En rigor, esta emigración iría en desmedro de las posibilidades de aquellas zonas para elevar sus niveles de competitividad económica e impulsar su crecimiento y, más aun, es probable que se convierta en un factor que exacerbe la decadencia relativa de la zona y termine incentivando una mayor expulsión de población.

Cuando la emigración de recursos humanos calificados asume un carácter permanente y tiene como destino países de mayor grado de desarrollo que los de origen, configura una forma de transferencia inversa de tecnología: supone el éxodo de personal cuya formación significó una inversión que no reeditarán en favor de los países de origen. Una eventual alternativa frente a este fenómeno estriba en el establecimiento de mecanismos de complementación económica entre países de diferente grado de desarrollo que permitan un aprovechamiento compartido de tales recursos humanos. De este modo, en lugar de una emigración permanente, se facilitaría la movilidad temporal de tales recursos. Además, los profesionales y técnicos residentes en el exterior pueden colaborar en la articulación de iniciativas nacionales y programas externos y convertirse en un canal para la transferencia de conocimiento e informaciones (CEPAL/CELADE, 1993).

La información de la encuesta periódica de población realizada en 1996 en los Estados Unidos muestra la relevancia de las observaciones anteriores para los países de la región, pues una cantidad importante de los migrantes de 25 y más años de edad tienen educación universitaria y superior. Incluso en el caso de la corriente originada en México, a pesar de que su participación relativa es escasa (3.2%), el número absoluto de personas con grados altos de capacitación permite sostener que una proporción elevada del personal de mayor calificación está en el exterior; un estudio de la Fundación Nacional de Ciencias de los Estados Unidos, basado en datos de 1993, estimó que unos tres mil mexicanos que detentaban doctorados se encontraban en ese país (NSF, 1996). Las cifras de esa encuesta revelan que, entre los migrantes centroamericanos —excluidos los salvadoreños—, una de cada diez personas de 25 y más años tiene un alto grado de capacitación. La pérdida de recursos humanos calificados parece afectar también a Canadá, pues casi un tercio de sus emigrantes a los Estados Unidos tiene educación universitaria o superior.

Otro tema de importancia en el análisis de los efectos de la emigración sobre el desarrollo de las zonas de origen es el relativo a las remesas de los emigrantes. Como una forma de ahorro externo, además de cumplir un papel en el ingreso de divisas, las remesas representan una fuente potencial de inversión. Aunque su importancia es variable según países, hay casos en que los ingresos derivados de estas transferencias alcanzan una proporción significativa del producto

interno bruto.¹³ Pero tal vez su efecto más intenso se percibe en las economías locales, ejerciendo impactos sobre el consumo y la producción. Los receptores directos de estas transferencias son las familias en las comunidades de origen de los migrantes; sin embargo, es probable que los principales beneficiarios netos sean los productores de los bienes de consumo que adquieren esas familias. Por cierto, cuanto mayor sea la proporción de componentes locales o nacionales de aquellos bienes, tanto más alto será el efecto multiplicador que se desprenda de las remesas.

Los recursos suministrados por las remesas se destinan frecuentemente a mejoras de la vivienda o se invierten en obras de infraestructura, contribuyendo a elevar las condiciones de vida de las familias y las comunidades (Portes, 1997; López y Seligson, 1990). Aunque es menos habitual, también se les emplea en la creación de pequeñas empresas o en otras actividades productivas, en especial la agricultura (Escobar y Martínez, 1990). Con ello, la migración suple el papel de los sistemas institucionales de crédito, cuyo acceso es escaso o nulo para gran parte de los trabajadores urbanos y rurales de Centroamérica y México. Se ha sostenido que las remesas configuran una "política social autocreada y automanejada", aunque también se ha llamado la atención sobre sus efectos distorsionadores del desarrollo (Keely, 1989).

Cabe agregar que, a raíz de las grandes diferencias de salarios, es habitual que el monto de las transferencias exceda con creces el ingreso que los migrantes hubieran percibido al permanecer en sus zonas de origen. En diversos sentidos, las remesas constituyen una señal clara de la permanencia del compromiso de los migrantes con aquellas zonas y, en algunos casos, son una forma de inversión para el momento de un eventual retorno. Desde luego, la cuantía de las contribuciones varía según su capacidad de ahorro; a su vez, ésta depende de la naturaleza de su inserción laboral en la zona de destino, lo que ha llevado a sugerir que las remesas entrañarían un efecto de desigualdad en la distribución del ingreso. Las personas que se desplazan temporalmente tienen, en general, menores posibilidades de generar ahorros, pues deben invertir en los sucesivos traslados y, en muchos casos, afrontar los costos de su situación como indocumentados. En cambio, las remesas de los migrantes "permanentes" suelen ser de mayor monto; sin embargo, después de un tiempo de residencia en la zona de destino tienden a desvincularse de sus zonas de origen y a interrumpir sus transferencias. Por tanto, el flujo de los recursos está expuesto a riesgos de inestabilidad, lo que constituye una fuente de incertidumbre para las familias y las comunidades que dependen de estos recursos externos (Montes, 1988).

¹³ En el decenio de 1980 —cuando las economías centroamericanas enfrentaron una profunda crisis— las remesas aumentaron su peso en relación con el PIB; hacia 1989, equivalían al 15% del PIB de El Salvador y en Guatemala y Nicaragua representaban alrededor del 3% (CEPAL, 1991).

Bibliografía

- ACNUR (Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados) (1998), *Poblaciones refugiadas y desplazadas en Centroamérica*, Costa Rica.
- Arizpe, L. (1978), Migración, etnicismo y cambio económico (un estudio sobre migrantes campesinos a la Ciudad de México, México D.F., El Colegio de México.
- Banco Mundial (1995), *El mundo del trabajo en una economía integrada*, Washington D.C.,
- Bean, F., M. Fosset y K. Park (1996), "Labor market dynamics and the effects of immigration on african americans", en G. Jaynes (comp.), *Blacks, Immigration and Race Relations*, New Haven, Yale University Press.
- Borjas, G. (1997), "The economic impact of mexican immigration", en B. Bosworth et al. (comps.), *Coming Together? Mexico-United States Relations*, Washington D.C., Brookings Institution Press.
- Bustamante, J. (1997), "La migración laboral entre México y los Estados Unidos: innovaciones teóricas y metodológicas y resultados de investigaciones", *Notas de Población* N° 65, Santiago de Chile.
- Castells, M. (1989), *Informational City: Information Technology, Economic Restructuring and the Urban-Regional Process*, Oxford, Basil and Blackwell.
- CELADE (Centro Latinoamericano de Demografía) (1996), Informe de seguimiento del Plan de Acción Regional Latinoamericano y del Caribe sobre Población y Desarrollo (Nota de la Secretaría), documento presentado en el vigésimo sexto período de sesiones de la CEPAL, San José, Costa Rica, (LC/G.1905 (SES.26/10)), Santiago de Chile, abril.
- CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) (1997a), *La brecha de la equidad: América Latina, el Caribe y la Cumbre Social*, documento presentado en la Primera Conferencia Regional de Seguimiento de la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social (São Paulo) (LC/G.1954 (CONF.86/3)). Santiago de Chile.

- ____ (1997b), *Anuario estadístico de América Latina y el Caribe, 1996* (LC/G.1938-P), Santiago de Chile.
- ____ (1996), *América Latina y el Caribe, 1980-1995. 15 años de desempeño económico* (LC/G.1925/Rev.1-P), Santiago de Chile.
- ____ (1993), *El impacto económico y social de las migraciones en Centroamérica*, Estudios e Informes de la CEPAL N° 89 (LC/G.1738-P), Santiago de Chile.
- CEPAL/CELADE (Comisión Económica para América Latina y el Caribe/Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía) (1998), *Población, salud reproductiva y pobreza*, documento presentado en el vigésimo séptimo período de sesiones de la CEPAL (Oranjestad, Aruba) (LC/G.2015(SES.27/20)), Santiago de Chile.
- CONAPO (Consejo Nacional de Población) (1997), *La situación demográfica de México*, México D.F.
- Cornelius, W. (1989), "The U.S. demand for Mexican labor", W. Cornelius y J. Bustamante (comps.), *Mexican Migration to the United States: Origins, Consequences and Policy Options*, University of California Center for U.S.-Mexican Studies, San Diego.
- Escobar, A. (1998), *Migración y desarrollo en Centro y Norteamérica: elementos para una discusión*, documento presentado en la Conferencia Migración y Desarrollo en Centro y Norteamérica, México, D.F., mayo.
- Espenshade, T., J. Baraka y G. Huber (1997), "Implications of the 1996 Welfare and Immigration Reform Act for US Immigration", *Population and Development Review*, 23 (4), New York, The Population Council, diciembre.
- Farley, R. (1996), *The New American Reality: Who We Are, How We Got Here, Where We Are Going*, New York, Russel Sage Foundation.
- Fernández, P. (1983), *For We are Sold, I and My People. Women and Industry and Mexico's Frontier*, New York, State University of New York.
- Fraser, J. (1994), "Illegal immigration in the United States and the limits of sanctions against employers", *Migration and Development. New Partnerships for Co-operation*, París.
- Gómez de León, J. y R. Tuirán (1997), *La migración mexicana hacia Estados Unidos: continuidad y cambio*, México, D.F., CONAPO.
- Haas, R. y R. Litan (1998), "Globalization and its discontents. Navigating the dangers of a tangled world", *Foreign Affairs*, 77, New York.
- INEGI (Instituto Nacional de Geografía, Estadística e Informática) (1995), *Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica*, Aguascalientes.
- INS (Immigration and Naturalization Service) (1997), *INS Fact Book. Summary of Recent Immigration Data*, Washington, D.C.
- Jaffe, D. (1986), "The political economy of job loss in the United States, 1970-1980", *Social Problems*, 33.
- Levy, F. y R. Murnane (1992), "U.S. earnings levels and earnings inequality: a review of recent trends and proposed explanations", *Journal of Economic Literature*.
- Lim, L.L. (1993), *Growing Economic Interdependence and its Implications for International Migration*, Documento presentado en la Reunión del Grupo de Expertos en Distribución de la Población y Migración, División de Población del Departamento de Desarrollo Económico y Social de las Naciones Unidas, Santa Cruz, Bolivia.
- Massey, Douglas (1998), *March of Folly. U.S. Immigration Policy under NAFTA*, mimeo.
- Massey, D. et al. (1987), *Return to Aztlan*, Berkeley, University of California Press.
- MEIC (Ministerio de Economía, Industria y Comercio de Costa Rica) (1998), *Tabulaciones. Encuesta de Hogares de Propósitos Múltiples de 1997*, San José, Costa Rica.
- National Heritage Institute (1997), *Environmental Degradation and Migration. The U.S./Mexico Case Study*, San Francisco.
- NRC/NAS (National Research Council/National Academy of Science) (1997), *The New Americans. Economic, Demographic and Fiscal Impacts of Immigration*, Washington, D.C., National Academy Press.
- Newby, A. (1996), "A shift-share analysis of U.S metropolitan areas containing substantial mexican-origin populations", *Texas Population Papers*, Population Research Center, The University of Texas at Austin, Austin.
- Pellegrino, A. (1995), "La migración internacional en América Latina", *Notas de Población* N° 62, Santiago de Chile.
- ____ (1989), *Migración internacional de latinoamericanos en las Américas*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello.

- Portes, A. (1997), "Neoliberalism and the sociology of development: emerging trends and unanticipated facts", *Population and Development Review*, 23 (2), New York, The Population Council, junio.
- Portes, A. y R. Bach (1985), *Latin Journey: Cuban and Mexican Immigrants in the United States*, Berkeley, University of California Press.
- Portes, A. y J. Walton (1981), *Labor, Class and the International System*, New York, Academic Press.
- Sassen, S. (1997), "New employment regimes in cities: impacts on immigrant workers", en C. Otsuru (comp.), *Diversified Migration Patterns in North America: Challenges and Opportunities*, JCAS Symposium Series 4.
- ___ (1988), *The Mobility of Labor and Capital: a Study in International Investment and Labor Flow*, New York, Cambridge University Press.
- Singer, A. y D. Massey (1997), *The Social Process of Undocumented Border Crossing*, Guadalajara, ponencia presentada en el Congreso 1997 de la Latin American Studies Association, abril.
- Vernez, G. y D. Ronfeldt (1991), "The current situation in mexican immigration", *Science*, 251 (8), 1189-1193.
- Villa, M. (1996), "Una nota acerca del Proyecto de Investigación sobre Migración Internacional en Latinoamérica (IMILA)", en N. Patarra (comp.), *Migrações internacionais: herança XX, agenda XXI*, Campinas, Programa Interinstitucional de Avaliação e Acompanhamento das Migrações Internacionais no Brasil.
- Wiley, J. (1995), "Undocumented aliens and recognized refugees: the right to work in Costa Rica", *International Migration Review*, 29 (2), New York, Center for Migration Studies.
- Woods, L. *et al.* (1997), "The composition and distribution of ethnic groups in Belize: immigration and emigration patterns, 1980-1991", *Latin American Research Review*, 32 (3), 63-87.
- Zuckerman, M. (1997), "A second American century", *Foreign Affairs*, 77 (3), New York.

Anexo de cuadros y gráficos

Cuadro 1

POBLACIÓN DE AMBOS SEXOS NACIDA EN PAÍSES DE AMÉRICA CENTRAL, EN MÉXICO, EN CANADÁ Y LOS ESTADOS UNIDOS, CENSADA EN PAÍSES DISTINTOS AL DE SU NACIMIENTO

(Ronda de censos de 1970)

País de presencia ^a	País de nacimiento							México	Canadá	Estados Unidos	Total de inmigrantes ^c
	Costa Rica	El Salvador	Guatemala	Honduras	Nicaragua	Panamá	Subtotal inmigrantes ^b				
Costa Rica (1973)	-	1 385	707	996	23 331	4 197	30 616	917	86	2 151	33 770
El Salvador (1971)	422	-	3 413	14 290	784	5	18 914	636	46	1 461	21 057
Guatemala (1973)	805	14 052	-	6 231	1 098	217	22 403	3196	179	3 527	29 305
Honduras (1961)	294	38 002	4 497	-	3 553	159	46 505	379	82	1 433	48 399
Nicaragua (1971)	4 693	2 210	451	6 919	-	590	14 863	703	133	1 848	17 547
Panamá (1970)	3 825	2 582	-	6 407	591	99	6 894	13 991
Subtotal de emigrantes ^d	10 039	55 649	9 068	28 436	31 348	5 168	139 708	6 422	625	17 314	164 069
México (1970)	998	1 213	6 969	...	3 674	1 183	14 037	-	3 352	97 246	114 635
Subtotal de emigrantes ^e	11 037	56 862	16 037	28 436	35 022	6 351	153 745	6 422	3 977	114 560	278 704
Canadá (1971)	5 380	-	309 640	315 020
Estados Unidos (1970)	16 691	15 717	17 356	27 978	16 125	20 046	113 913	759 711	918 988	-	1 792 612
Total de emigrantes ^f	27 728	72 579	33 393	56 414	51 147	26 397	267 658	771 513	922 965	424 200	2 386 336

Fuente: Proyecto IMILA (Investigación de la Migración Internacional en Latinoamérica) del CELADE.

^a Entre paréntesis figura el año en que fue levantado el censo pertinente.

^b Subtotal de inmigrantes nacidos en los países de América Central presentes en otros países de la misma subregión.

^c Total de inmigrantes nacidos en América Central, México, Canadá y los Estados Unidos, presentes en otros países de América Central, en México, en Canadá y los Estados Unidos.

^d Subtotal de emigrantes nacidos en los países de América Central presentes en otros países de la misma subregión.

^e Subtotal de emigrantes nacidos en los países de América Central y en México presentes en otros países de América Central y en México.

^f Total de emigrantes nacidos en América Central, México, Canadá y los Estados Unidos presentes en otros países de América Central, en México, en Canadá y los Estados Unidos.

Cuadro 2

POBLACIÓN DE AMBOS SEXOS NACIDA EN PAÍSES DE AMÉRICA CENTRAL, EN MÉXICO, EN CANADÁ Y LOS ESTADOS UNIDOS, CENSADA EN PAÍSES DISTINTOS AL DE SU NACIMIENTO
(Ronda de censos de 1980)

País de presencia ^a	País de nacimiento							México	Canadá	Estados Unidos	Total inmigrantes ^c
	Costa Rica	El Salvador	Guatemala	Honduras	Nicaragua	Panamá	Subtotal inmigrantes ^b				
Costa Rica (1984)	-	8 741	1 428	1 572	45 885	4 788	62 414	1 276	347	5 369	69 406
El Salvador	...	-
Guatemala (1981)	733	16 805	-	5 326	2 133	235	25 232	2 977	290	3 754	32 253
Honduras	-
Nicaragua	-
Panamá (1980)	3 359	1 791	317	464	3 128	-	9 059	1 060	90	4 293	14 502
Subtotal de emigrantes ^d	4 092	27 337	1 745	7 362	51 146	5 023	96 705	5 313	727	13 416	116 161
México (1980)	1 841	2 055	4 115	1 500	2 312	1 708	13 531	-	3 264	157 117	173 912
Subtotal de emigrantes ^e	5 933	29 392	5 860	8 862	53 458	6 731	110 236	5 313	3 991	170 533	290 073
Canadá (1981)	415	1 775	1 530	475	270	410	4 875	10 980	-	301 525	317 380
Estados Unidos (1980)	29 639	94 447	63 073	39 154	44 166	60 740	331 219	2 199 221	842 859	-	3 373 299
Total de emigrantes ^f	35 987	125 614	70 463	48 491	97 894	67 881	446 330	2 215 514	846 850	472 058	3 980 752

Fuente: Proyecto IMILA (Investigación de la Migración Internacional en Latinoamérica) del CELADE.

^a Entre paréntesis figura el año en que fue levantado el censo pertinente.

^b Subtotal de inmigrantes nacidos en los países de América Central presentes en otros países de la misma subregión.

^c Total de inmigrantes nacidos en América Central, México, Canadá y los Estados Unidos, presentes en otros países de América Central, en México, en Canadá y los Estados Unidos.

^d Subtotal de emigrantes nacidos en los países de América Central presentes en otros países de la misma subregión.

^e Subtotal de emigrantes nacidos en los países de América Central y en México presentes en otros países de América Central y en México.

^f Total de emigrantes nacidos en América Central, México, Canadá y los Estados Unidos presentes en otros países de América Central, en México, en Canadá y los Estados Unidos.

Cuadro 3

**POBLACIÓN DE AMBOS SEXOS NACIDA EN LOS PAÍSES DE AMÉRICA CENTRAL, EN MÉXICO, EN CANADÁ Y LOS ESTADOS UNIDOS,
CENSADA EN PAÍSES DISTINTOS AL DE SU NACIMIENTO**
(Ronda de censos de 1990)

País de presencia ^a	País de nacimiento							México	Canadá	Estados Unidos	Total de inmigrantes ^c
	Costa Rica	El Salvador	Guatemala	Honduras	Nicaragua	Panamá	Subtotal inmigrantes ^b				
Costa Rica	-
El Salvador (1992)	856	-	4 524	8 666	2 139	308	16 493	1 350	279	4 413	22 535
Guatemala (1994)	737	14 425	-	4 634	3 621	245	23 662	5 250	145	2 873	31 930
Honduras	-
Nicaragua (1995)	4 727	2 136	900	9 473	-	351	17 587	734	147	2 952	21 420
Panamá (1990)	3 829	2 340	367	623	4 447	-	11 606	1 361	137	3 242	16 346
Subtotal de emigrantes ^d	10 149	18 901	5 791	23 396	10 207	904	69 348	8 695	708	13 480	92 231
México (1990)	46 005	...	2 566	...	48 571	-	3 011	194 619	246 201
Subtotal de emigrantes ^e	10 149	18 901	51 796	23 396	12 773	904	117 919	8 695	3 719	208 099	338 432
Canadá (1991)	1 305	28 295	8 920	2 245	6 460	1 170	48 395	19 400	-	249 075	316 870
Estados Unidos (1990)	43 530	465 433	225 739	108 923	168 659	85 737	1 098 021	4 298 014	744 830	-	6 140 865
Total de emigrantes ^f	54 984	512 629	286 455	134 564	187 892	87 811	1 264 335	4 326 109	748 549	457 174	6 796 167

Fuente: Proyecto IMILA (Investigación de la Migración Internacional en Latinoamérica) del CELADE.

^a Entre paréntesis figura el año en que fue levantado el censo pertinente.

^b Subtotal de inmigrantes nacidos en los países de América Central presentes en otros países de la misma subregión.

^c Total de inmigrantes nacidos en América Central, México, Canadá y los Estados Unidos, presentes en otros países de América Central, México, Canadá y los Estados Unidos.

^d Subtotal de emigrantes nacidos en los países de América Central presentes en otros países de la misma subregión.

^e Subtotal de emigrantes nacidos en los países de América Central y en México presentes en otros países de América Central y en México.

^f Total de emigrantes nacidos en América Central, en México, en Canadá y los Estados Unidos presentes en otros países de América Central, en México, en Canadá y los Estados Unidos

Cuadro 4

**ESTADOS UNIDOS: POBLACIÓN NACIDA EN PAÍSES DE CENTROAMÉRICA, MÉXICO Y CANADÁ Y
TASAS DE CRECIMIENTO ANUAL, 1970-1996**

País	Años				Tasas de crecimiento (%)		
	1970	1980	1990	1996	1970-1980	1980-1990	1990-1996
Costa Rica	16 691	29 639	43 530	...	5.6	3.8	...
El Salvador	15 717	94 447	465 433	701 000	14.3	13.3	6.7
Guatemala	17 356	63 073	225 739	...	11.4	11.3	...
Honduras	27 978	39 154	108 923	...	3.3	9.4	...
México	759 711	2 199 221	4 298 014	6 679 000	9.7	6.5	7.2
Nicaragua	16 125	44 166	168 659	...	9.3	11.7	...
Panamá	20 046	60 740	85 737	...	10.1	3.4	...
Subtotal	873 624	2 530 440	5 396 035	8 380 000	9.7	7.2	7.2
Canadá	918 988	842 859	744 830	660 000	-0.9	-1.2	-2.0
Total	1 792 612	3 373 299	6 140 865	9 040 000	6.1	5.8	6.4

Fuente: Censos de 1970, 1980 y 1990; Encuesta Periódica de Población de 1996.

Cuadro 5

**CANADÁ: POBLACIÓN NACIDA EN PAÍSES DE CENTROAMÉRICA, MÉXICO
Y LOS ESTADOS UNIDOS Y TASAS DE CRECIMIENTO ANUAL, 1971-1996**

País	Años				Tasas de crecimiento (%)		
	1971	1981	1991	1996	1971-1981	1981-1991	1991-1996
Costa Rica	...	415	1 305	1 652	...	10.3	4.7
El Salvador	...	1 775	28 295	39 020	...	17.6	6.4
Guatemala	...	1 530	8 920	13 270	...	14.1	7.8
Honduras	...	475	2 245	3 917	...	13.0	10.9
México	5 380	10 980	19 400	27 480	6.8	5.5	6.9
Nicaragua	...	270	6 460	8 545	...	18.4	5.6
Panamá	...	410	1 170	2 527	...	9.6	14.7
Subtotal	5 380	15 855	67 795	96 411	9.9	12.4	7.0
Estados Unidos	309 640	301 525	249 075	244 695	-0.3	-1.9	-0.4
Total	315 020	317 380	316 870	341 106	0.1	0.0	1.5

Fuente: Censos de 1971, 1981, 1991 y 1996.

Cuadro 6

**ESTADOS UNIDOS: ALGUNAS CARACTERÍSTICAS DE LA POBLACIÓN NACIDA EN
PAÍSES DE CENTROAMÉRICA Y MÉXICO, 1970 Y 1980**

Países	Características y año			
	Menores de 20 años (%)	Relación de masculinidad (%)	Porcentaje con menos de 4 años de estudio ^a	Participación laboral ^b (%)
1970				
Costa Rica	27.6	75.4	4.3	62.9
El Salvador	23.7	67.5	4.4	63.8
Guatemala	20.9	76.5	5.2	64.2
Honduras	24.3	83.2	5.6	59.8
México	18.6	95.7	29.0	51.3
Nicaragua	20.7	54.8	4.7	57.8
Panamá	21.4	67.3	2.0	63.4
1980				
Costa Rica	19.7	74.0	5.6	70.6
El Salvador	20.0	77.8	12.4	80.2
Guatemala	22.3	84.9	9.2	79.2
Honduras	19.0	72.2	7.7	73.0
México	24.4	111.4	29.4	71.2
Nicaragua	23.3	67.2	7.5	70.1
Panamá	17.3	69.3	2.3	73.5

Fuente: Censos de población de 1970 y 1980.

^a 1970: población de 10 y más años de edad; 1980 20 y más años de edad.

^b 1970: población económicamente activa sobre población de 10 y más años de edad. En 1980 la población base es la de 20 y más años de edad.

Cuadro 7

**ESTADOS UNIDOS: ALGUNAS CARACTERÍSTICAS DE LA POBLACIÓN
NACIDA EN MÉXICO, 1990 Y 1996**

Características	1990	1996
Pobl. total (miles)	4 298	6 679
Estruc. relativa (%)		
Total	100.0	100.0
0-14	10.7	11.5 ^a
15-64	84.3	83.4 ^b
65 y +	5.0	5.1
Relación de masculinidad (%)	122.9	120.5
Porcentaje de naturalizados	22.6	12.8
Nivel educacional (%) ^c		
Total	100.0	100.0
Secundaria incompleta	75.7	70.3
Secundaria completa	20.8	26.5
Universitaria	2.1	2.6
Univ. superior	1.4	0.6
Participación laboral (%) ^d	69.7	65.6
Porcentaje de pobreza ^e	27.4	34.6
% con vivienda propia ^e	38.5	34.9

Fuente: Censo de Población de 1990 y Encuesta Periódica de Población de 1996.

^a Corresponde a 0-15 años. ^b Corresponde a 16-64 años. ^c Población de 25 y más años. ^d PEA sobre población de 16 y más años. ^e En 1990 corresponde a hogares y en 1996 a personas.

Cuadro 8

**ESTADOS UNIDOS: ALGUNAS CARACTERÍSTICAS DE LA POBLACIÓN
NACIDA EN EL SALVADOR, 1990 Y 1996**

Características	1990	1996
Pobl. total (miles)	465	701
Estruc. relativa (%)		
Total	100.1	100.0
0-14	11.3	7.4 ^a
15-64	86.2	87.3 ^b
65 y +	2.6	5.3
Relación de masculinidad (%)	106.9	100.6
Porcentaje de naturalizados	15.4	16.1
Nivel educacional (%) ^c		
Total	100.0	100.0
Secundaria incompleta	67.2	60.5
Secundaria completa	28.1	34.7
Universitaria	3.2	4.4
Univers. superior	1.5	0.4
Participación laboral (%) ^d	76.3	72.2
Porcentaje de pobreza ^e	22.5	28.8
Porcentaje con vivienda propia ^e	17.3	30.5

Fuente: Censo de Población de 1990 y Encuesta Periódica de Población de 1996.

^a Corresponde a 0-15 años. ^b Corresponde a 16-64 años. ^c Población de 25 y más años.

^d PEA sobre población de 16 y más años. ^e En 1990 corresponde a hogares y en 1996 a personas.

Cuadro 9

**ESTADOS UNIDOS: ALGUNAS CARACTERÍSTICAS DE LA POBLACIÓN
NACIDA EN PAÍSES DE CENTROAMÉRICA, 1990 Y 1996^a**

Características	1990	1996
Pobl. total (miles)	669	1 000
Estructura (%)		
Total	100.0	100.0
0-14	11.6	8.2 ^b
15-64	83.3	86.1 ^c
65 y +	5.1	5.7
Relación de masculinidad (%)	89.2	83.2
Porcentaje de naturalizados	24.4	20.0
Nivel educacional (%) ^d		
Total	100.0	100.0
Secundaria incompleta	45.9	46.6
Secundaria completa	43.1	42.4
Universitaria	6.9	9.3
Universit. superior	4.1	1.7
Participación laboral (%) ^e	72.5	70.3
Porcentaje de pobreza ^f	19.7	26.4
Porcentaje con vivienda propia ^f	26.5	28.5

Fuente: Censo de Población de 1990 y Encuesta Periódica de Población de 1996.

^a Excluye los nacidos en El Salvador. ^b Corresponde a 0-15 años. ^c Corresponde a 16-64 años. ^d Población de 25 y más años. ^e PEA sobre población de 16 y más años. ^f En 1990 corresponde a hogares y en 1996 a personas.

Cuadro 10
ESTADOS UNIDOS: ALGUNAS CARACTERÍSTICAS DE LA POBLACIÓN
NACIDA EN CANADÁ, 1990 Y 1996

Características	1990	1996
Pobl. total (miles)	745	660
Estructura (%)		
Total	100.0	100.0
0-14	3.2	5.9 ^a
15-64	63.1	66.3 ^b
65 y +	33.7	27.8
Relación de masculinidad (%)	70.3	52.4
Porcentaje de naturalizados	54.1	47.7
Nivel educacional (%) ^c		
Total	100.0	100.0
Secundaria incompleta	27.4	15.3
Secundaria completa	50.5	54.0
Universitaria	12.7	18.6
Univers. superior	9.4	12.1
Participación laboral (%) ^d	52.1	58.9
Porcentaje de pobreza ^e	4.9	7.9
Porcentaje con vivienda propia ^e	67.2	74.8

Fuente: Censo de Población de 1990 y Encuesta Periódica de Población de 1996.

^a Corresponde a 0-15 años. ^b Corresponde a 16-64 años. ^c Población de 25 y más años. ^d Población económicamente activa sobre población de 16 y más años. ^e En 1990 corresponde a hogares y en 1996 a personas.

Cuadro 11
CENTROAMÉRICA Y MÉXICO: PRODUCTO INTERNO BRUTO POR HABITANTE
A PRECIOS CONSTANTES E INCREMENTO MEDIO, 1980-1995

(Dólares de 1990)

Países	1980	1985	1990	1995	Incremento medio		
					1980-1985	1985-1990	1990-1995
Costa Rica	2 001.9	1 748.0	1 881.4	2 068.4	-2.71	1.47	1.89
El Salvador	1 097.5	927.2	954.3	1 139.9	-3.37	0.58	3.55
Guatemala	1 014.0	832.1	831.8	891.4	-3.95	-0.01	1.38
Honduras	743.2	683.7	686.3	700.0	-1.67	0.07	0.39
México	2 943.0	2 914.0	2 888.2	2 840.4	-0.19	-0.18	-0.33
Nicaragua	888.0	795.8	599.3	565.5	-2.19	-5.67	-1.16
Panamá	2 370.1	2 496.2	2 248.9	2 613.7	1.03	-2.09	3.01

Fuente: CEPAL (1997b).

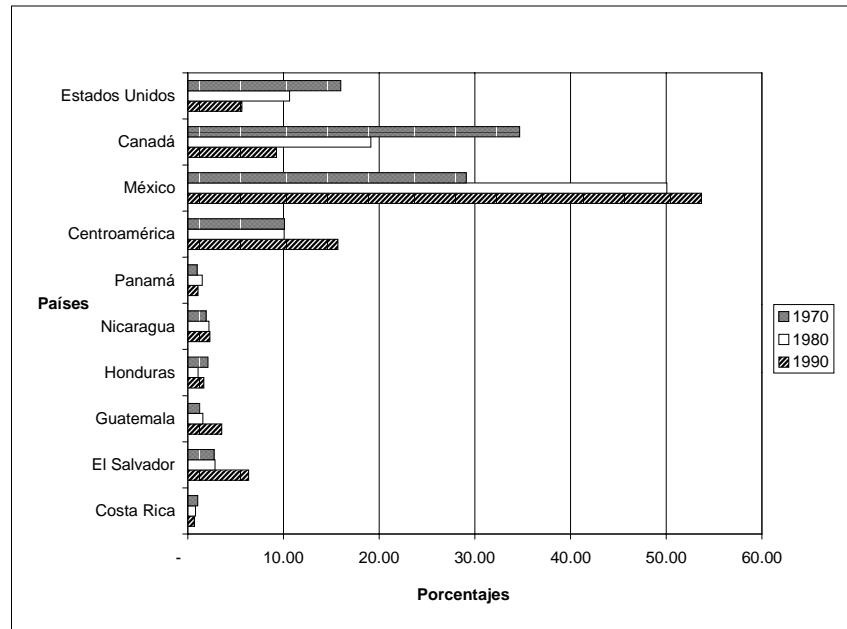
Cuadro 12
CENTROAMÉRICA Y MÉXICO: TASAS MEDIAS ANUALES DE
DESEMPLEO ABIERTO URBANO, 1970-1995

Países	1970	1980	1990	1994	1995
Costa Rica	3.5	6.0	5.4	4.3	5.7
El Salvador	-	-	10.0	7.0	7.0
Guatemala	-	2.2	6.5	5.2	4.3
Honduras	-	8.8	7.8	4.0	6.0
México	7.0	4.5	2.7	3.7	6.3
Nicaragua	-	18.3	11.1	20.7	18.2
Panamá	10.3	10.4	20.0	16.0	16.2

Fuente: CEPAL (1997b).

Gráfico 1

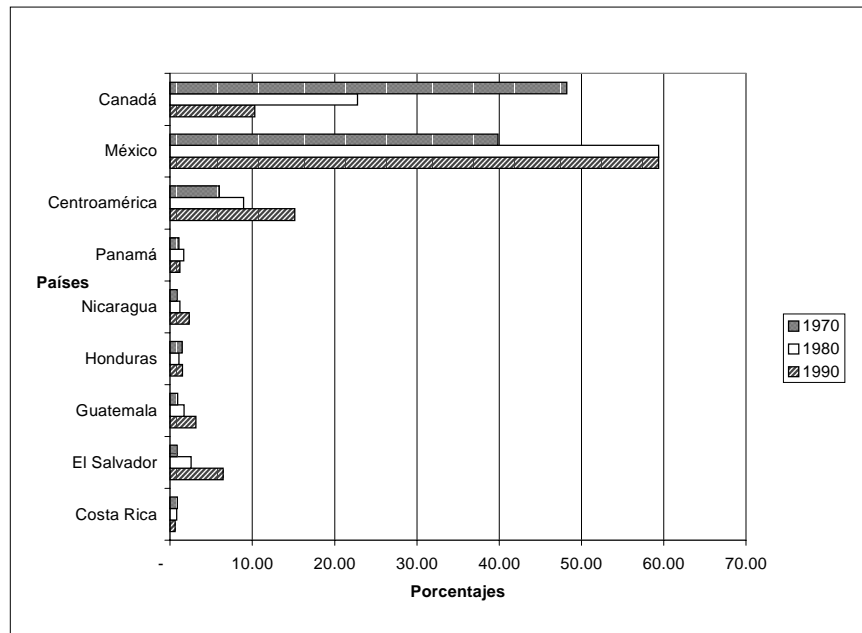
CENTROAMÉRICA, MÉXICO Y NORTEAMÉRICA: DISTRIBUCIÓN RELATIVA DE LOS MIGRANTES INTRARREGIONALES, 1970, 1980 Y 1990



Fuente: Cuadros 1, 2 y 3.

Gráfico 2

ESTADOS UNIDOS: DISTRIBUCIÓN RELATIVA DE LOS INMIGRANTES DE CENTROAMÉRICA, MÉXICO Y CANADÁ, 1970, 1980 Y 1990



Fuente: Cuadro 4.



NACIONES UNIDAS

CEPAL

Serie

ECLAC

población y desarrollo

Números publicados

- 1 Migración y desarrollo en América del Norte y Centroamérica: una visión sintética (LC/L.1231-P), N° de venta: S.99.II.G.22 (US\$ 10.00), agosto de 1999

-
- El lector interesado en números anteriores de esta serie puede solicitarlos dirigiendo su correspondencia a la Unidad de de la División de, CEPAL, Casilla 179-D, Santiago, Chile. No todos los títulos están disponibles.
 - Los títulos a la venta deben ser solicitados a la Unidad de Distribución, CEPAL, Casilla 179-D, Santiago, Chile, Fax (562) 210 2069, publications@eclac.cl.
 - **www** : Disponible también en Internet: <http://www.eclac.cl>

Nombre:
Actividad:
Dirección:
Código postal, ciudad, país:
Tel.: Fax: E.mail: